

José Manuel de Goyeneche
[Memoria de las Campañas
de Tucumán y Salta]

[CARTA-MEMORIA DEL GENERAL JOSE MANUEL DE
GOYENECHE AL REY FERNANDO VII,
INFORMANDOLO SOBRE LAS CAMPAÑAS DE
TUCUMAN Y SALTA.— MARZO 30 DE 1814.]

SEÑOR

En los mismos momentos que recuperada algún tanto mi salud extenuada en el más empeñoso servicio de la Madre Patria durante cinco años de tareas, viajes y campañas, meditaba en el retiro de una casa de campo, donde he vivido desde mi dejación de los cargos de Presidente interino del Cuzco y General del Ejército del Perú, dirigir un Manifiesto auténtico y comprobado con piezas justificativas y originales que, al mismo tiempo que aclarasen mis acciones en los comprometidos mandos que he desempeñado en circunstancias difíciles, diesen a V.M. una cabal idea de cuanto en su servicio había ejecutado para que el remitido al examen de la comisión que su Soberana integridad se dignase nombrar, recibiese yo el definitivo premio a que siempre he aspirado, de sólo merecer la calificación de mi conducta, ha llegado a mis manos un oficio del Marqués de la Concordia, Virrey del Perú, de 14 de abril de 1813, dirigido al Secretario del Despacho de la Guerra, quien de orden de S.A. el Consejo de Regencia lo pasó a V.M., en 20 de agosto del mismo, repitiendo el infundado aserto que maliciosamente establece dicho Virrey de que mi retirada de Potosí, después de la batalla de Salta *fue inconsiderada por hallarme con fuerzas suficientes para salir al encuentro del enemigo.*

Confieso, Señor, que al leer esta cláusula indecorosa al concepto que tenía granjeado en la sabiduría de V.M., se estremeció mi honor, y sufrió los tormentos más acerbos al meditar sobre cada una del resto de las demás del oficio del Virrey, que es un libelo de suposiciones falsas, mal documentadas, y un conjunto indigesto de inconsecuencias, tramas, y disfraces, que dictó su resentimiento contra la inocencia y reputación de un oficial, que en circunstancia

alguna ha manifestado los degradantes atributos, con que el Virrey viste mis operaciones, que han sido el sostén de su mando y lucimiento de su crédito; pero refutando cada una en particular, como lo ejecuto, calificaré la verdad, y uniré a mis pasados servicios, el de la persecución vindicada, para que en el discurso de mi carrera, no me quede paso alguno de aquellos que coronan al hombre público con el hermoso laurel de la purificación, cuando la fundo en la firme persuasión que debo ser oído y juzgado por un Monarca que tanto ha hecho por la libertad de sus vasallos.

El Virrey toma el hilo de su narración desde la batalla del Tucumán, dando noticia a V.M. de las faltas graves, que cometió el Comandante en Jefe, D. Pío Tristán, en el ataque, y que obró contra sus órdenes y disposiciones prevenidas de antemano, para no pasar del río del Pasaje mas que partidas de relámpago.

Cuando yo conquisté por segunda vez la provincia de Cochabamba, extendí todos mis esfuerzos para desalojar a los enemigos de las interesantes posiciones de Salta y Jujuy, a cuyo fin, y en observación de sus movimientos, dejé un cuerpo de más de mil quinientos hombres a las órdenes de Tristán en la medianía del camino entre Potosí y Jujuy, con orden de repeler toda invasión que intentasen, mientras alejándome yo de su Cuartel principal, ciento sesenta leguas, obtenía el plan de la nueva reducción de Cochabamba. Se verificó ésta, y al emprenderla dí cuenta al Virrey de los planes que me proponía, sin extenderme jamás a adelantar nuestras fuerzas al Tucumán por su extraordinaria separación, y que el aumento de puestos dificultaba su conservación, por extensión y escasez de recursos. El Virrey no sólo aprueba mi plan sino que ordena por su oficio original (pieza justificativa No. 1) de 10 de junio, que se adelante una vanguardia de mil hombres al Tucumán, y se contrae a llenar mis demandas exigentes de recursos, con las consolatorias expresiones que el citado oficio manifiesta; luego cómo califica el Virrey su aserto, para no pasar del Río del Pasaje, como lo expone a V.M., con la notable contradicción y ligereza, que desmiente la inserta pieza No. 1?

Luego que regresé a Charcas de la reducción de Cochabamba, reforcé a Tristán hasta poner a sus órdenes tres mil hombres, cuyo mando le confié en defecto de no poder yo pasar personalmente, por la precisión en que estaba de ocupar un punto céntrico con las provincias conquistadas, y porque no habiendo más caudales, que mis arbitrios, ni otra caja militar que Potosí, donde mi presencia era el

móvil de llenar el déficit, en que me ponían los ningunos ingresos, y que las buenas cuentas no bajaban de ciento treinta, a ciento cuarenta mil duros mensuales, sin entradas suficientes en cuantas cajas estaban adictas al sostén del Ejército, para cubrir esta urgente y forzosa erogación.

Con este motivo y dándole todas las prevenciones militares que asegurasen el éxito (siempre feliz a mis órdenes) de las armas de V. M., ordené a Tristán que con los tres mil hombres pasase en busca del enemigo a Salta y Jujuy, dándome aviso de la posesión de ambas ciudades, en el modo que acaeciese. Lo ejecutó sin acción de guerra, porque los enemigos evacuaron ambos puntos con dirección al Tucumán, y aunque Tristán llevaba limitadas sus órdenes a sólo Salta y Jujuy, tomó sobre sí, sin aguardar mi aprobación ni orden, el continuar en su seguimiento por las causales que exponen los documentos No. 2, de insalubridad de aquellos lugares, adhesión del Tucumán a nosotros y mejora de clima, desorden de los enemigos en su fuga, y, finalmente, que en esta marcha consistía la conclusión de la guerra.

Cuando yo recibí esta comunicación, ya Tristán llevaba muchos días de camino, y prueba de ello que en 17 de setiembre, documento No. 3, dice, desde el Rosario, que dista treinta leguas del Tucumán: *"me tiene sólo cuidadoso saber si será de tu aprobación mi marcha"*. A los seis días de esta fecha ya estuvo en el Tucumán y aunque yo no hubiese convenido con su adelanto, sería infructuosa mi oposición, y mucho más cuando el que estaba sobre el terreno, demostraba tantas ventajas, de la rapidez con que perseguía al enemigo, con sus tres mil hombres, de confianza y halagados de la victoria.

Por estos motivos convine con su resolución, y porque el mismo Virrey de Lima proponía el envío de mil hombres, según su orden, ya citada con el número 1, para el Tucumán. El resultado de esta expedición, se lo comuniqué al Virrey con las mismas cláusulas y señales que Tristán lo participó, dando por infructuosa su jornada, por la arbitrariedad de algunos de sus jefes de batallón, de empezar y empeñar la acción antes de tiempo, y por el robo que le hicieron de todo su Parque de repuesto los enemigos, que con una de sus muchas columnas de caballería árabe, interceptaron el convoy de parque y equipajes. No obstante las Tropas de V. M. quedaron dueñas del campo de batalla, y arrabales de la Ciudad por cuarenta y ocho horas, en que viéndose en esas vastas llanuras amenazados de

multitud de caballería, y sin más repuesto que el escaso de sus cartucheras, resolvieron su retirada, de un modo verdaderamente memorable y sin ejemplo en la historia militar de la América. El mismo campo que diariamente dejaba Tristán, lo ocupaba el enemigo persiguiéndole sin fruto, y sin atreverse a atacar las armas de V. M., que atravesaron, a pie descalzo, desmontados aun los oficiales, noventa leguas de bosques y ríos hasta Salta, que rebelada contra nosotros, abrigaba ya a Díaz Vélez, que siendo el jefe de la expedición que perseguía nuestro ejército, llegó antes que Tristán a Salta, y aún tuvo tiempo para atacar a Jujuy, con el fin de apoderarse de cantidad de municiones y ochenta mil duros, que yo, con previsión anticipada, había puesto para auxiliar al Tucumán, con un cuerpo de cerca de mil hombres, que entró en Jujuy dos días después del ataque, en que fueron rechazados los enemigos.

Todo esto se lo avisé al Virrey, y lejos de impugnar la conducta de Tristán, le pasó por mi conducto los expresivos oficios de aprobación, que le transmití y, adjunto con el número 4, recibiendo éste, en Salta, el despacho que el mismo Virrey le enviaba de Brigadier, lo que no está acorde con las notas que ahora inconsecuentemente pone a Tristán en el oficio de 14 de abril. Si conoció estos graves defectos, que en la ocasión son la muleta de su apoyo y sorpresa al Gobierno. ¿Por qué no recogió el despacho de Brigadier de Tristán, y ordenó terminantemente su separación? ¿Luego qué prueba su decir actual a V. M. sino que el Virrey va con los resultados del tiempo, para sin cotejo de su conducta, proponer a V. M. premios y desaires a medida de su antojo?.

Este modo de salvar el ejército por Tristán en tan memorable retirada, su manejo militar a mi vista en la peligrosa batalla de Guaquí, la misma en la conquista de Cochabamba, su desempeño de Mayor General el año de 1809 en la toma de la ciudad de La Paz, y en toda la campaña a mis órdenes, aseguro a V. M. me hicieron formar tal concepto de sus luces, valor, actividad y práctica, que por el conjunto de sus talentos ejercitados en mi presencia, lo miraba como el jefe, de todos los del ejército, más a propósito para obrar independiente de mi inmediata persona, y con el suceso del Tucumán más obligado que nunca a corresponder a mis confianzas, mayormente cuando yo iba a llenar sus medidas en orden a aumento de fuerzas y abundancia de recursos, para sostener las entradas del Perú.

Así se verificó. La flor de mis tropas se situó en su cuartel

principal hasta el número de tres mil seiscientos cuarenta y un hombres de línea, como consta del número 5 en que, además de hablar al Virrey del estado feliz de aquel punto, se le satisface a otros que se irán desenlazando con citación del precioso documento No. 5 a que no dio contestación, lo que prueba su convencimiento.

Provista la vanguardia de cuanto aseguraba su éxito, alejaba una acción militar la estación copiosísima de lluvias, según los avisos públicos y particulares de prácticos, y conocedores del estado en que se ponían los caminos y la imposibilidad de pasar el río Pasaje, dificultándola aun para correos y pasajeros. Esta general exposición me determinó a salir de Potosí a tomar el mando el 30 de abril, época en que empezaban a cesar las lluvias, empleando el tiempo que mediaba a esta fecha, en solicitar recursos pecuniarios, para llevar conmigo una buena Caja militar, sin cuyo auxilio yo no podía salir de Potosí, que lo ocupaba con acuerdo del Virrey, haciéndose él mismo cargo, que no podía dejarlo, pues en oficio de 7 de enero número 6 dice *"que supone que mis muchas ocupaciones, no me permitirían dejar a Potosí, por ser punto céntrico de nuestros cuidados"*.

No obstante esta posición que nada prometía mas que resultados felices, me trasladaba en el silencio de mi recogimiento al inevitable teatro de una pérdida y desgracia frecuente en la guerra, para cuyo caso no estaba prevenido, no por falta mía, sino de la inacción, apatía, y descuido del Virrey, que sordo a mis clamores, no tomaba en consideración mi situación para lo futuro, y singularmente en este país, donde no habiendo tropa alguna disciplinada, es indispensable con antelación tomar las medidas de instrucción, para en los apuros a que siempre conduce la guerra, sobre victorioso y vencido tener a la mano depósitos que reemplacen las bajas, y aumenten la fuerza, a medida que se aumentan las obligaciones como a mí me sucedía.

Con este motivo y cansado ya de que a mis exigentes oficios, no se les daba más salida que acuses de fórmula, pasándome la mano, resolví instar con firmeza en oficio de 10 de marzo de 1812 No. 7 rediciendo en él cuanto examinado se verá, que la urgente necesidad y el interés de dar buena cuenta de los Estados de la Nación, me obligaban a instar por recursos para la guerra y para darles mayor esfuerzo, pedía instrucciones para La Paz, como un rejón obligatorio del ánimo del Virrey, que avivase la calma con que reposaba en su capital, siempre que quisiese ceder de la lucha,

lo que no era compatible con el servicio de V.M. a cuyo frente estaba puesto ¿Pero qué obtuve de este paso, que ni contestación mereció? Nada, nada, ni aun el acuse de su recibo. Se guardó un mudo silencio y se abrigaron en el corazón del Virrey resentimientos fatales, pero muy simulados, viendo su amor propio en descubierto, por la sencillez de mis quejas, que patentizaban hasta la evidencia, que estaba desnudo de previsión y cálculo, cuando aquél sólo le decía: ¿cómo este joven atenta a la deidad de un Virrey memorable, que todo lo debe y aguarda de su fortuna? Este fue el socorro que me envió y lo ha comprobado la experiencia.

Hasta aquí mis pasos y continuas demandas fueron para sostener la voluble fortuna, que suele cansarse en los momentos mismos que más halaga, y a las reclamaciones que antes eran para prevenir y precaver, se unió la necesidad y el urgente remedio. Muchos desengaños me causó la batalla del Tucumán, y como si algún otro mayor suceso presintiese mi corazón, resolví enviar de incógnito a mi ayudante de órdenes D. José Povil con el oficio No. 8 al Virrey. Esta pieza justificativa es uno de los rasgos que merecen más examen, cuando esfuerzo la solicitud de dos mil hombres de refuerzo, con ánimo de situarme con ellos, para en reunión de lo demás disponible, tener este cuerpo de reserva, para sostenerme contra toda vicisitud, pero nada se obtuvo. Povil me dio cuenta de su infructuosa comisión como lo manifiesta el No. 9 y, el Virrey se contentó con dirigirme el mal acondicionado oficio de 14 de diciembre de 1812 No. 10 que llamó mucho la atención en su examen; singularmente cuando dice: *"nada en lo natural puede suceder que a V. S. le deba dar cuidado"*. Este oficio está desmenuzado cláusula por cláusula, y contestado como debía en el No. 11, donde llamo también mucho la contracción de V.M., porque confunde al Virrey, lo deja en el descubierto, que le faltan conocimientos para mandar en los puntos donde al tacto daba órdenes, sin atender a lo esencial, que era el envío de refuerzos, cambiando la guerra de Buenos Aires en papeles, excusas y bravatas, cuyo verdadero objeto era ver modo de que gravitase sobre mí la responsabilidad, sin que a él le quedase otra cosa que su derecho a salvo, para repetir contra mí, como lo ha hecho efectivamente sin memoria, sin gratitud, y sin verdad.

No debo omitir decir a V.M. que con el mismo correo que me pasó a Oruro, la admisión de mi renuncia del mando del ejército, en el pliego de esta orden incluyó el Virrey su oficio de 24 de

marzo de 1813 No. 12. Su contestación la tengo trabajada, y la exhibiré si se cree que deba interesar al mayor esclarecimiento de esta memoria, habiéndome contentado con acusarle en mi confidencial, a dicho Virrey, su recibo, asegurándole que el tiempo le había contestado, y que aguardaba su oficio como pieza interesante de nuestra mutua vindicación. Llamo la atención de V. M. al folio 10 del citado oficio No. 12 que dice: "Bien me hago cargo de que si estuviere en mi arbitrio el enviar a V. S. un refuerzo, capaz de ponerlo muy superior en número y calidad al que pudiesen enviar los enemigos, sería lo que de luego a luego debía hacer, y haría sin titubear, pero si le tengo dicho a V. S. repetidísimas veces, que no me es dable porque no los tengo, en mucho ni en poco número, me parece que por todos títulos soy acreedor a que V. S. me crea y no me hostigue por alcanzar de mí un imposible".

Cuando a mí se me negaba de un modo tan absoluto, proyectaba la desgraciada quijotesca expedición de Chile, ruina del comercio de Lima, y posteriormente a mi salida del ejército, se han sacado número considerable de tropas de las provincias, que en mi tiempo no dieron contingente alguno, y han servido para reforzar el de mi sucesor; luego ¿cómo combinar su anterior exposición, con la abundancia que para planes de menos interés y de inferior urgencia, ha sabido encontrar? Clara está la causal: se deseaba mi deslustre particular, y mi aburrimiento, al paso que a los ojos de V. M. se ofrecía una dedicación de acudir con todo esfuerzo a todos los puntos donde se encendía la hoguera de la insurrección, sin ofrecer a su Soberano conocimiento de las verdaderas noticias que debían iluminarle. Se seguía esta conducta porque ella era el camino seguro y aprobado, de recibir satisfactorias aprobaciones, grandes cruces, marquesados y testimonios de un Gobierno generoso y recompensador, como V. M. lo ha sido para este feliz y bien premiado Virrey.

Las órdenes que dice éste dio a las provincias del Cuzco, Puno y Arequipa, para que fuesen hasta 1,000 hombres de aquellas milicias, no tuvieron efecto, y sólo la de Puno contribuyó con cien hombres; sin duda fueron de la clase de la adjunta número 13, en la que verá V. M. negados los arbitrios que inicié, para que las provincias, que en el discurso de la guerra, no habían contribuido con un hombre y ofrecían diariamente los homenajes de su lealtad, ayudasen al reemplazo que pedía, pero en unas dice el Virrey había razones políticas para no intentarlo, y en otras se pasaba "la orden para que se envíe lo que buenamente se pueda juntar", que son las palabras del oficio. Admire V. M. la irritante languidez del Virrey y

mi aflicción al ver el término funesto con que se quería comprometer mi reputación militar.

Los tres jefes que mandó embarcar con algunos subalternos, que por primera vez venían de afición a ensayarse en el ejercicio de las armas, con las municiones de cañón y fusil innecesarias, que no se habían pedido pero oficiosamente se enviaban, porque Lima abundaba de pólvora y se paralogizaba con el sonido de refuerzos a Goyeneche, que sólo le costaban la firma de un libramiento, fueron dirigidos al puerto lejano de Cobija, que por lo desierto y abandonado de su posición en la costa de los despoblados de Atacama, ha sido el abrigo frecuente y escala del contrabando, retardaron la llegada de dichos tres jefes, de los que D. Miguel Tacón y el Comandante de Ingenieros, Mendizábal, entraron en Jujuy, en el acto que se estaba dando la acción de Salta, sin poder ser útiles, el primero para el cargo de segundo jefe de la vanguardia, y el otro para sistemar cualesquiera obra de fortificación adaptable al terreno. La causa de esta demora la originó la elección del Puerto de Cobija, en lugar de Arica, donde la mucha arriería, facilitaba su fácil introducción, y ser aquél un punto fiel de la Provincia de Arequipa, conocidísimo en la costa por su población, y Cobija es una cala desamparada, dependiente del Partido de Atacama en la de Potosí, sublevado constantemente en la actual guerra. Así fue preciso enviar bagajes desde cerca de Potosí, que dista más de doscientas treinta leguas desiertas, en lugar que de Arica a Oruro había ochenta, y de Oruro a Potosí sesenta y dos. Yo envié la orden al buque para que nada desembarcase en aquel desierto, y siguiese a Arica, pero cuando llegó, ya todo estaba en la playa, y el Capitán resistió, diciendo que no tenía víveres en el tiempo que se necesitaba para el reembarco, y que en Cobija no había que comer para hacer rancho. De aquí inferirá V. M. el tino con que se dictaban las providencias, sin el examen aun de un mapa, para medir las distancias, y tan inútil fue para Jujuy el jefe de Ingenieros, como la Zapa que no tuvo tiempo más que para, muy apuradamente, llegar a Potosí. En una palabra, la expedición no fue militar, sino mercantil, de efectos, azúcares, y arroces, y los dueños de ella hicieron el plan de recalcada, y el Virrey creyó haber hecho una heroicidad en fiarse del informe que le dieron, que Cobija estaba más cerca que Arica.

Luego que recibí la orden del Virrey para construir una fortificación en Cobos y destinar un destacamento de cuatrocientos a quinientos hombres, a orillas del río del Pasaje, la comuniqué a Tris-

tán, quien representó los graves inconvenientes que había, asegurando que el llamado Fuerte de Cobos era una alturita rodeada de espesísima arboleda, que, a fuerza de mucho trabajo y gasto, era preciso desmontar, sin ser dicho Cobos camino preciso para que el enemigo pasase, dejándolo a retaguardia, cuya dificultad obraba igualmente en el destacamento del Pasaje en orden a tener diversos vados, además que aquel punto es el más tercianario de toda la carrera, y si V.M. quiere adquirir un conocimiento completo de la topografía de este río, léase el fin de la cuarta foja del No. 11. Se convenció el Virrey tanto de esta demostración, que en oficio de 25 de enero No. 14 lo confiesa, y en el de 24 de marzo No. 12 al folio 11, dice: *"tengo dicho a V. S. que por las razones con que nos ha convencido a V. S. y a mí D. Pío Tristán, he desistido del pensamiento de fortificar a Cobos, y adelantar un destacamento al Pasaje"*. Luego, como el Virrey sin verdad dice a V.M. en su oficio hablando de esto, *"ninguna de estas medidas acomodó a Goyeneche ni a Tristán"*. No acomodaron al terreno, ni a las circunstancias, del Virrey, y no sorprenda la atención del Gobierno con asertos que previenen a tu favor, sin recordar las inconsecuencias, y faltas graves en que has de caer; cuando se cotejen tus partes al Rey, con tus órdenes de llamarte convencido, suscritas de tu puño como se ve.

No hay oficio alguno del Virrey de los citados anteriormente, que no infundan el mayor desprecio a las tropas enemigas, y el bien reciente de 14 de diciembre de 1812 No. 10, dice: *"Nada en lo natural puede suceder, que a V. S. le deba dar cuidado"*, pues a los veintitrés días de esta última bravata, muda de lenguaje el Virrey, y me pasa por extraordinario el oficio de 7 de enero No. 6; mi contestación No. 15 que en el acto debe leerse, ilustrará a V.M. de mi previsión, y de la modestia con que reconvengo al Virrey de su manejo, viéndole ya crédulo y convencido, de que había peligro que amenazaba nuestra suerte, y juzgaba precaverla con avisos de diligencia pero sin haber aparejado los contingentes que con tanta antelación yo había solicitado. Yo no perdí un momento en satisfacerlo, teniendo ya puestas muy de antemano cuantas providencias de refuerzo previene, menos la de mover las tropas de Cotagaita, donde jamás hubo cuerpo alguno situado, pero el Virrey se ofuscó tanto que en su imaginación las inventó en aquel punto, aturdido sin duda de ver su mal fundada confianza y apatía cambiada en peligro próximo, y al bien merecido desengaño de haberse hecho sordo a mis gemidos y anticipadas reclamaciones.

En el acto del recibo del citado oficio de 7 de enero, hice extraordinario al Comandante de Vanguardia transmitiéndoselo con un conjunto de instrucciones análogas a su desempeño y medida, hasta ampliarlas a facultarlo a una retirada, para en el caso de no creerse seguro en las posiciones que ocupaba. Su oficio del 13 de febrero (siete días antes de la batalla) No. 16, pone el sello a la esperanza. ¿Y qué General bajo el presupuesto y auspicios calculados y meditados de la fuerza nuestra y enemiga, su calidad, entusiasmo, y ventajas, no deja obrar libremente a un jefe que sólo aguarda los auxilios de la Providencia, pues los humanos demostrados, superan la esperanza? Sus siguientes expresiones del citado oficio, corroboran mi aserto: "No reflexionemos fríamente en los riesgos de la venganza, pues no teniendo más partido que la ignominia o la muerte, es preciso vencer", dice el mismo "y en la situación presente ¿qué otro arbitrio nos queda, sino entregarnos a la Providencia y resolvernos a vencer o morir? ¿Sería de nuestro honor ni conveniencia dar un paso atrás? Dejaríamos de ser perseguidos si el enemigo trae resolución de atacarnos, y no lo haría con más ventaja en la marcha, ya perdida nuestra opinión y amilanado el ejército por un retrógrado; mientras V. S. no me ordene otra cosa, yo he de sepultarme en ésta con honor, aunque viniesen las fuerzas todas de la infame capital, así lo he jurado con mi tropa, y veo en todos un ánimo resuelto a cumplirlo".

Nada me quedó que hacer en favor de la desgraciada vanguardia y su jefe, mas que acusarle el recibo de su oficio, como se manifiesta en la pieza No. 17.

En la expectativa de resultados tan interesantes, a las once de la mañana del 27 de febrero, se me presenta un oficial de la dotación de las compañías que tenía D. Francisco Picoaga, en Tupiza, en observación de las vastas Provincias de Tarija, Cinti y Chichas, con un pliego del referido Picoaga, que incluía otro de D. Pío Tristán con la capitulación de la vanguardia de que V. M. se halla informado. Una carta confidencial en que se lamentaba de su suerte, y me aconsejaba, que luego luego tomase medidas para no verme sorprendido, y en cuatro dobleces una cuartilla de papel doblada en forma de esquela escrita de su puño y letra, sin borrón ni enmendatura en lengua francesa que decía en resumen: "calculo la fuerza enemiga en cuatro mil hombres, todos con armas de fuego; van en seguida a buscarte (tout de suite, era la expresión) nada los detiene ni las aguas, vete a Oruro si puedes o más lejos".

Picoaga remite estos malhadados pliegos con una sola confidencial: que decía *"estoy fuera de mí: Dios dé a mi General fuerza para resistir tan funesto golpe"*, pero nada habla de medida alguna militar, y sólo opiné que ya estuviese en retirada, pues su fuerza no pasaba de cuatrocientos hombres, confirmando esta presunción, por lo que escribía a su mujer con el citado oficial, cuya carta me entregó y acompañó con el No. 18, debiendo asegurar a V. M. que tanto la confidencial de Tristán, como la esquila en francés del mismo, y la carta de Picoaga, se las pasé de buena fe al Virrey, quien no la ha usado en honor mío con V. M. pues al incluir en su oficio el tanto de la capitulación, debió haber ejecutado lo mismo con las dos cartas de Tristán para que V. M. formase un juicio imparcial de la premura con que aquél avisaba, venían sobre mí los enemigos, pero como el objeto del Virrey, no era aclarar mi situación a los ojos de V. M. ni los avisos con que yo de acuerdo de un consejo de guerra en Potosí, había evacuado aquella Villa, sino sorprenderlo y prevenirlo para lograr un golpe de mano desairoso a mi reputación, que es el objeto de su encono, no tuvo a bien confiarle el conocimiento de tan interesantes papeles, y los dejó en su Gabinete, lejos de cumplir con el deber de pasarlos al de V. M.

Asombrado del resultado de la vanguardia, pregunto al oficial conductor que quién le había dado aquel pliego para mí. Contestó que su Coronel Picoaga, de resultas de haber llegado a Tupiza el Capitán D. Pedro Paz, procedente de Salta, y que aunque traía la orden para entregarme en propia mano los pliegos que conducía, se había quedado enfermo en aquel punto, y relevado de su comisión la había confiado al exponente. Le pregunté de nuevo si sabía el contenido de dichos pliegos, y qué noticias corrían en Tupiza divulgadas por Paz. Repuso, que nada sabía, ni menos el objeto de la venida desde Salta del citado Paz, que no había dicho cosa alguna acerca de la expresada comisión. Despedido de mi presencia este oficial convoqué en el acto una Junta de todos los jefes de la guarnición compuesta del auditor Conde de Valle-hermoso, Oidor de Charcas, cuatro Coroneles, un Teniente Coronel, el Fiscal de aquella Audiencia, y el Secretario de Guerra, donde se examinó la capitulación y avisos de Tristán, sin poder absolutamente aclarar ni saber el verdadero estado en que quedaron los enemigos, porque el parte de Tristán de nada de estas interesantes noticias hacía relación y lejos de ponerlos en el pie ruinoso en que posteriormente supimos habían quedado, aseguraba que a la furia venían sobre mí, aconsejándome

que me pusiera en salvo, no sólo a la distancia de sesenta leguas que estaba Oruro, sino más lejos.

Al mismo tiempo como el oficial que presencié la acción, y podía haberme ilustrado, se quedó a sesenta y cinco leguas de Potosí (en Tupiza) y sus pliegos los trajo otro, que nada sabía, ni aun el contenido de ellos, quedamos tanto los vocales como yo, sin más antecedente ni cálculo, que el de suposiciones, que deberían ser necesariamente fundadas sobre los únicos datos que ofrecía Tristán, y fueron todos de uniforme dictamen, que en el acto evacuase aquel punto, y aun hubo Vocal que opinó, que siendo mi persona el objeto interesante de los enemigos, debería ésta ponerse en salvo ocultamente antes que el pueblo se instruyese de nuestra situación en Potosí, donde sólo tenía cuatrocientos hombres de guarnición y dos cañones, embebido este pequeño cuerpo en cubrir varios puestos de seguridad pública, presidio del Socavón, cárcel, guardia de cien prisioneros de Buenos Aires en el Convento de San Francisco, otra de prevención con cinco oficiales igualmente prisioneros que custodiaba, de modo que redoblada la vigilancia con el aumento de servicio, a la tercera noche agobiada la tropa de cansancio y el per-vigilio, quedaba a discreción del pueblo, y víctima infalible de la constancia por querer conservar un punto, que suponíamos muy luego en alarma, como sucedió horas después de la disolución de la Junta.

No convine con el dictamen del jefe que opinó que en el acto debería ponerme en salvo, para hacer mi reunión en Oruro, y allí mismo exclamé que quería ser inseparable compañero de mis fieles oficiales y tropa, y evacuar a Potosí con todos los caudales de V. M. pereciendo en su defensa antes que ceder su despojo. Confieso a V. M., con la verdad característica que profeso, que las cuarenta y ocho horas que permanecí en Potosí, dando rápida salida a la multitud de comprometimientos que me rodearon, fueron suficientes para aniquilarme, y enflaquecerme en términos que hay cadáveres de fisonomía más vital que la que yo tenía. Tal era la sensación, casancio y amargura que roía mi corazón.

Después de contrapesadas todas las circunstancias, y expuesto por mí que la localidad de Potosí no prestaba medio alguno de defensa militar, con la diminuta fuerza de cuatrocientos hombres, que no bastaba a cubrir los infinitos puntos, surcos, quebradas, derrumbes de minas, y alturas que por todas partes lo dominan en figura de una escalera, que el enemigo cargaba sobre nosotros con la rapi-

dez de *tout de suite* que anunciaba Tristán, que su marcha podía hacerla por el camino llamado del despoblado, por ser éste el más aparente en la estación de lluvias, para enviar un cuerpo de Caballería montada de fusil, del grueso que quisiesen, teniendo en apoyo de esta sospecha, que aquel camino era llano, cubierto de ganados, pastos y aguadas, que abría margen a esta empresa, facilitándola con la mucha caballada y mulada que condujeron del Tucumán, y de la que gorda y descansada tomaron a Tristán, con la facilidad de que sin ser vistos de nadie, dejándome a su retaguardia, flanquearme por el costado izquierdo, situándose en el tránsito preciso de mi paso para Oruro en el pueblo de Ancacato, medianía de camino a 30 leguas de Oruro y Potosí, donde forzosamente desemboca el camino del despoblado, e introducido fácilmente el apoyo de la seducción a la infiel Provincia de Chayanta limítrofe de Ancacato, y a los Partidos de Cochabamba, vecinos y rayanos de aquélla, que no deseaban otra cosa que sacudir la dominación de V. M. nos veíamos nosotros en Potosí o más adelante con las comunicaciones cortadas, sin poderse entender entre los Jefes, que situados a mi retaguardia deberían formar nuevo ejército; y si como la experiencia lo había acreditado, mis órdenes eran interceptadas, la confusión y el desaliento se apoderarían del ánimo de la tropa al carecer de mis noticias y recibirlas del seductor enemigo que cuando menos su astucia divulgaría que yo mismo había sido envuelto en la desgracia y ya no existía.

No era de nuestra situación, por motivo alguno, el aventurar una acción parcial de cuerpos sueltos porque cualesquiera pérdida nos disminuía, y nuestro verdadero interés estaba ligado a formar ejército de cuantos cuerpos había en distintas situaciones, corrigiendo los vicios y opiniones que se habían nutrido en todos aquellos que ausentes de mi vista discutían a su modo sobre las causas por qué yo sostenía la guerra, y vibrando con el deseo de irse a sus hogares, y con la frialdad de la seducción, habían debilitado mucho el primitivo aire marcial con que los eduqué en la profesión militar en las heladas márgenes del Desaguadero, sobre lo que tenía muy de antemano denuncias y partes que ocultaba en el más profundo silencio dando a todos la primacía de defensores de nuestra Madre Patria.

No era tampoco compatible con la premura del tiempo y con la noticia que se acercaban los enemigos la de hacer la reunión que formalicé en Oruro, en Potosí, por las grandes distancias que media-

ban: el Desaguadero se hallaba a ciento treinta leguas y su guarnición era muy débil y sin armamento que no excedía de ciento cincuenta fusiles; La Paz ciento diez leguas, cuya fuerza de quinientos cincuenta hombres sólo tenía trescientos fusiles y se necesitaba toda ella para tener en respeto aquella belicosa Provincia que siempre ha abrigado una guerra civil en el Partido de Yungas; Oruro podía contribuir con doscientos hombres que, extraídos anteriormente de La Paz para aumentar la vanguardia, se hallaban de tránsito pues su guarnición era de cien hombres; no había otra que la de Cochabamba cuya fuerza se aproximaba a mil cuatrocientos, entre ellos lo menos cerca de seiscientos de caballería pesada, excelente, utilísima, colectada por secuestro, y sin gravamen del erario en la misma Provincia; Cochabamba distaba de Potosí noventa y cinco leguas, que para que la tropa las hiciese y venir a Potosí se necesitaba lo menos cuarenta días mientras iba mi orden, se disponían a salir, y se me reunían inhabilitando en esta marcha forzada, la hermosa caballería que en las llanuras salitrosas de Oruro era excelente y en los pedregales de Potosí sin forrajes en el tránsito, llegaba mutilada con noventa y cinco leguas de travesía: y qué comía en Potosí. ¿Allí no había provisión ni medio de hacerla: era preciso mandarla avanzar cuarenta leguas pasado Santiago de Cotagaita y llegaría en estado de entrar a batirse este cuerpo aun cuando llegase a tiempo de hacerlo? Este hermoso Regimiento llamado de Chumbivilcas, apoyo de mis ideas, hubiera quedado extinguido con sólo su viaje, cuando con salir a Oruro con treinta leguas de marcha imponía respeto, y se conservaban en abundancia como lo mantuve en aquella Villa hasta mi salida, obligando al enemigo que al acercárseme llegase con la suya mutilada y encontrarse la mía vigente.

Al mismo tiempo se tuvo presente que la corta guarnición que por la capitulación de Salta debió retirarse de Jujuy no se podía contar con ella por la mala fe de los insurgentes quienes podían retardar su salida, anticipándose, como lo anuncia Tristán, a sorprenderme, o desarmándola bajo cualesquiera suposición, pues estaba con la cláusula de no cometer daño alguno; y ¿quién que conozca al soldado en campaña puede atribuirle la observancia exacta de este pacto? Además, nada se sabía de la suerte de esta tropa; sólo el oficial D. Pedro Paz, era el único que podía ilustrarnos, y está demostrado que se quedó a sesenta y cinco leguas de Potosí, y así nuestros cálculos sobre ella, eran desesperanzados; al fin se reunió en Oruro en el número de doscientos hombres, pues aunque

constaba de más, las dos compañías de tropa de la ciudad de La Paz se pasaron al enemigo desertando con armamento.

La suerte del jefe Picoaga en Tupiza, con cuatrocientos hombres, era comprometida y dudosa, pues si el enemigo se le acercaba, como firmemente lo creíamos, según los citados avisos, no podía resistirle; y si tomaba el camino del despoblado quedaba envuelto, si yo rápidamente evacuando a Potosí no me situaba en el punto del crucero de Ancacato, a reunirme con la guarnición de Charcas, y batirme a la desesperada abriendo el camino, con la seguridad que en Oruro estaría ya la guarnición de Cochabamba con quien podía engrosarme. Así resolví prevenirle inmediatamente se retirase, seguro que por la espalda no le dejaba enemigos, pero que no entrase en Potosí porque aquel pueblo daba indicios de hostilidad, según lo va V. M. a ver concluida esta narración.

Igualmente se tuvo a la vista que hallándose Pueyrredón en Potosí con seiscientos hombres de línea de las tropas de Buenos Aires, noticioso el pueblo de la batalla ganada por mí en los campos de Amiraya cuando conquisté a Cochabamba, se sublevó, despedazó por las calles a aquellos soldados desarmándolos y deshizo sus fuerzas y sería más feliz que aquél con sólo cuatrocientos hombres y con tanto prisionero porteño a quien custodiaba y cuya soltura pedía ya el pueblo intimidándomela con audacia como V. M. va a oírlo? Si no soy tan rápido en sacar los caudales de V. M. y evacuar aquel peligroso lugar y tengo la infeliz suerte del general Nieto y de D. Francisco de Paula Sanz ¡qué buen día hubiera sido éste para el Marqués de la Concordia, tan discorde con la verdad! Ciertamente no habría pluma que batiese sus asertos, y yo quedaría en el catálogo de los Mártires de la Patria inmolado a mi necia presunción y cargado de baldones que ahora combato.

Todas estas sólidas reflexiones se discutieron en la Junta, rediciendo la cuestión a que era preciso evacuar luego a Potosí tomando medidas para precaver todo insulto del pueblo en días de carnaval, en que se reunían a embriagarse todos los forajidos de los minerales circunvecinos excediendo la población de veinticinco mil almas, pues el día en que se recibió el aviso de la pérdida de la vanguardia era víspera de estos días de desorden. Mi verdadero conato se dirigía a halagar al enemigo en su misma embriaguez de fortuna para detener la marcha en que lo suponía, ganando tiempo para rehacerme, y así le propuse cuarenta días de armisticio, lisonjeándolo con un acomodamiento, y despachando al mismo tiempo

partidas descubridoras sobre el camino de Cotagaita a las órdenes del Coronel D. Miguel Caraza con orden de no volver a Potosí y replegarse el día que le señalé, habiéndole expedido varias órdenes posteriores que en su primera entrevista conmigo me aseguró no haberlas recibido porque ya se nos hacía la guerra de la interceptación en el mismo suelo que pisábamos.

Parece que esta fiel y sencilla exposición bastaría para calificar la justicia y necesidad de la retirada, pero en materia tan grave no basta y el adjunto cuaderno No. 19 que incluye el dictamen de todos los asistentes al Consejo para evacuar a Potosí, calificará V. M. cuanto se afirman en sostener y apoyar esta resolución, fundándola cada uno en particular, no en la premura de aquella villa, sino a los treinta y siete días de su salida, a sangre fría, en una declaración judicial que se encabeza con un oficio mío que tiene el carácter de una sumaria contra mí mismo evacuada por el Mayor General del Ejército, ante Escribano de Guerra y testigos sobre las indestructibles causales que imperiosamente motivaron mi evacuación de Potosí; parece que esto sólo bastaba para quedar fuera de todo escrúpulo, pero resta mucho que añadir, porque acostumbrado siempre a dar buena cuenta en cinco años de cargos fuertes y espinosos desempeñados a satisfacción de V. M. de tantos pueblos, corporaciones, Prelados y Virreyes de quienes no he recibido mas que testimonios de consideración y aprecio, cuanto hoy exhiba me parece poco y sólo quisiera que estuviese en mi arbitrio y alcances el presentar a V. M. abiertos los corazones de los hombres de bien e imparciales para que leyerá en ellos lo que este fiel americano que suscribe ha hecho en su nativo suelo por amor a la España.

No bien se divulgó en el pueblo la tarde del 27 de febrero la pérdida de la acción cuando Potosí mudó de semblante dando principio a una fermentación general, en gruesos grupos por las calles que prorrumpían en expresiones desordenadas. Los partidarios de los insurgentes sacaron luego la cabeza y erguidos se presentaron en estado de dirigir a la plebe. Mis ocultos espías redoblaban las partes de que mi situación cada momento peligrosaba más; que se notaba mayor fermento. En medio de tan urgentes avisos nada perdía de vista; la saca de caudales de las oficinas por el conducto de los encargados en su administración, [el envío de] correos a todos los jefes dando órdenes para la reunión y medidas militares para no perder el equilibrio en Potosí. Amaneció el 28, día primero de carnaval, y con él se aumentó el bullicio y los bandos del pueblo grueso, inme-

diatos a los prisioneros de Buenos Aires, a la Casa de Moneda, Cajas Nacionales, y a mi alojamiento, demostrando una expectación odiosa a mis medidas, y existencias de los cuatrocientos hombres de la guarnición, ya que no había uno que no estuviese empleado, redoblados los puestos, y prontos a romper el fuego sin remedio.

Bien sabía el partido insurgente que con estos síntomas había preso al Intendente Sanz, desarmando la tropa de Arequipa que a la derrota del General Nieto guarnecía a Potosí, y que esta misma conducta usaron los leales para batir a Pueyrredón y seiscientos hombres de fusil, luego, ensayados con tan recientes ejemplos, que podía yo esperar en semejante situación?

No me fue posible el día 28 hacer movimiento alguno en ninguna oficina por la disposición del Pueblo, pero a la una de la noche, disminuyendo el servicio, en hombros de soldados hice conducir todos los fondos de la Casa de Moneda excedentes de trescientos cincuenta mil duros, con asistencia de los jefes de ella, el Intendente del Ejército y el Coronel D. José García Santiago, de modo que al rayar el día me dieron parte de quedar evacuada del todo la moneda a casa del Intendente del Ejército. Esta operación no hubo lugar de verificarla con la Caja Nacional que sólo tenía doce pesos como haré constar a su tiempo del certificado del Ministro Contador de ella D. José Sánchez Chaves, y me reservo a presentarlo cuando sea preciso calificar de falso el supuesto aserto que establece el Virrey de que quedaron sesenta mil pesos.

Al Director del Banco se le buscó por dos de mis ayudantes en aquella noche con exquisita diligencia para saber el estado de su oficina. No se pudo dar con él ni aun en las iglesias. Yo ignoro hasta ahora la causa por qué no se me presentó, pues desde que supe la capitulación de Salta hasta mi salida no le volví a ver; lo comprueba el oficio No. 20 de mi ayudante de órdenes D. Joaquín Ibáñez, uno de los comisionados.

En este estado amaneció el día 1º de marzo rotos ya los diques de una conmoción popular. Grupos de quinientos y cuatrocientos estaban en los parajes públicos; la casa de los prisioneros circunvalada y pidiendo su soltura; el cuartel amenazado previniendo a la tropa de que yo estaba preso, por medio de muchachos me llevaban el aviso; las boca-calles vecinas a mi alojamiento obstruidas de plebe, hasta que a las once del día aumentada ya la conmoción, una gruesa columna de pueblo trae como en triunfo a varias personas de viso entre ellas los dos Alcaldes y el Protector de naturales

con una representación audaz a nombre del mismo pueblo para que entregase los prisioneros de Buenos Aires; recibí el mensaje y meditando rápidamente que si concedía la petición luego pedirían los caudales, y este paso de accesión, sería el de mi ruina; desplegando el carácter de energía que convenía para salir de tan difícil paño; ofrecí ahorcar a la Diputación, inculcándola de ignorante y atentadora de mi decoro, y dando órdenes en su presencia a mis ayudantes para que advirtiesen a todos los puestos que iba a romper el fuego, los despedí negando su solicitud. La columna del motín aguardaba las resultas y formando yo mis guardias me presento al frente de ellos mandando preparar las armas y hablándoles lo conveniente, temerosos de una descarga, se retiraron a otros puntos a seguir sus instigaciones.

Inmediatamente montando a caballo, mandé salir el Parque, fondos de Intendencia, prisioneros y tropa y con dos piezas de artillería con mecha encendida siguiendo este convoy, tambor batiente, me puse en marcha cerrando la retaguardia; mucha parte del Pueblo miraba atónito y otros lloraban su suerte y las relaciones de que se desprendían, con gemidos y sollozos que hasta aquel momento climático no se percibieron en nadie a favor de la causa de V. M.; pero lo imponente de la marcha contuvo las malvadas ideas de que daban pruebas indubitables.

Este fue el estado de Potosí luego que entró en el conocimiento de mi situación ¿y podía yo en él, pesadas las razones antecedentes, tener la sangre fría y esperar lo que el Virrey dice en su oficio? ¿Cómo podía pensar en reunión alguna en aquel punto circunvalado de veinticinco mil almas, con cuatrocientos hombres que llevaban un trabajo insoportable? ¿Ni cómo podía caber en cálculo humano salir al encuentro de Belgrano con mil hombres, que era cuanto podían componer las tres guarniciones de Potosí, Tupiza y Jujuy, como propone el Virrey? Sólo sin aptitud de discutir se puede sentar esta proposición que recomendaba bien poco el cálculo militar del Marqués de la Concordia.

Aun después de hecha la reunión en Oruro de todas las guarniciones y formado el nuevo ejército, voy a probar a V. M. que hasta mayo no estuvimos en estado de dar una acción decisiva. El 11 de marzo llegué a Oruro y al siguiente día empezó la composición del remendado y viejo armamento; en 8 de abril época en que ya todo estaba reunido la fuerza de Infantería de fusil era de dos mil doscientos dieciseis, según aparece del estado adjunto del Mayor Gene-

ral No. 21 y por el certificado del Comandante de Artillería D. Casimiro Valdés No. 22, verá V. M. que desde el 12 de marzo, hasta igual día de mayo se compusieron de este armamento mil treinta y seis fusiles, que rebatidos de dos mil doscientos dieciseis que ofrece el estado de fuerza anterior, sólo quedaban útiles para una acción con un enemigo tan superior mil ciento ochenta; luego está probado que en ninguno de los casos tenía la superioridad de fuerzas que el Virrey fragua a su antojo, ni con las guarniciones de Jujuy, Potosí, y Tupiza solas, ni con todas las de retaguardia en Oruro; la demostración lo manifiesta, al paso que hace visible la ligereza con que el superficial Marqués de la Concordia establece la proposición *"que infaliblemente debía batir a Belgrano por la superioridad de fuerzas que quedaba"*.

Antes de continuar destrozando las cláusulas del oficio del Virrey, es necesario que yo instruya a V. M. de que la reunión de Oruro fue la salvación del Ejército y lo que preparó la destrucción del insurgente Belgrano. Todos los cuerpos que llegaban a Oruro, necesitaron de una corrección y reforma que me puso a los umbrales de la muerte en fuerza del trabajo que impendí para combatir opiniones, arreglar su disciplina casi abandonada, componer su armamento, porque en las guarniciones, se habían relajado en tal grado que desconocí la tropa ¡Qué clubs, cuántos apóstoles del desaliento! Tuve que hacer castigos muy severos con muchos oficiales entablando un arreglo que afianzase de nuevo la esperanza de batir al enemigo, e infundiendo al soldado nuevo espíritu que reanimase su decadente y marchitada alma; prueba de esto es la adjunta carta de D. Francisco Picoaga, No. 23, escrita a los diez días de la capitulación de Salta; pues si a mi vista fue precisa esta reforma ¿cómo hubiéramos quedado si sin ella hubiera yo llamados al campo del honor desde las distancias en que estaban? No llega nadie; entre mis órdenes y su desertión no había más resultado que la extinción del Ejército ¿y con los que llegasen (aunque fuesen todos) en el estado en que estaban, saldría yo bien en una batalla? Parece mi honor que vale más que mi vida, parece el ejército, y V. M. pierde su dominación en la América del Sur.

Yo no extraño que el Virrey haya informado a V. M. con tan poco examen sobre mi retirada; la práctica forma a los militares después de buenos conocimientos primordiales; las ideas de comparación, facilitan también los recursos de ser afortunado; yo estimo las bellas dotes del Marqués de la Concordia, pero aplaudo más la

fortuna con que ha bogado; no lo creo sabio en el arte de ganar batallas, ni memorable por una retirada, porque V. M. lo premi6 desde la clase de Coronel con la Tenencia de Rey de la Habana, Presidencia de Guadalajara y Virreinato de Lima; empleos todos donde no ha tenido que batirse, sino mandando con la pluma, de lo que procede el aumento de la vanidad, apoyada de la adulaci6n, que hace odioso todo lo que contrarí el amor propio; como hombre abunda el Virrey de estas debilidades que serían dignas de una completa absoluci6n si no quisiese comprometer, tan abiertamente como lo hace, a quien lo ha desempeñado al frente del cañ6n y del fuego en sus mayores apuros.

A los once días de mi llegada a Oruro se recibió en ésta la contestaci6n de Belgrano al armisticio (cuyo principal móvil fue ganar tiempo) y luego convoqué a Junta de Guerra compuesta de diecinueve jefes incluso tres Ministros de la Audiencia de Charcas; lo acordado por éstos lo manifiesta la adjunta pieza No. 24, que inmediatamente se despach6 al Virrey; los mismos jefes unánimes dicen en ella entre otras cosas que forman la canonizaci6n de mi conducta, "y en tan apuradas circunstancias de no poder ser reforzado el de S. M. en términos de mantener su decoro como no lo ha sido, a pesar de las repetidas instancias con que lo ha reclamado con previsi6n y oportunidad el general en jefe exponiendo éste que había apurado todos los esfuerzos de su constancia, amor y fidelidad al Rey en la guerra que por cerca de cuatro años ha sostenido contra la tenacidad del Gobierno de Buenos Aires", esto prueba hasta la evidencia que no sólo yo, que era el 6rgano directo que me entendía con el Virrey, lo acusaba de la apatía con que había mirado mis reclamaciones, sino que todos los jefes del Ejército estaban penetrados de la misma convicci6n, haciendo su formal acusaci6n en la citada acta, y poniendo mi conducta en el lugar que V. M. advertirá en ella; aquí hablaba la justicia, y yo no era árbitro de las voluntades de tanto hombre de dignidad para inducirlos a sancionar mis operaciones, dejando en descubierto la conducta del Virrey.

La dejaci6n que propuse hacer del mando en aquella Junta, como consta de su Acta, tuvo por objeto, de dejarles a los jefes la libertad plena de sin desaire mío ni mi intervenci6n, que obrasen libremente y resolviesen con la misma para que en ningún tiempo se creyera que mi presencia como general arrastraba los dictámenes. No convinieron en ella y deliberaron uniformemente lo que aparece

en la referida Acta No. 24. En este estado llegó el 25 de abril a las diez y media de la noche un extraordinario de Lima con oficio del Virrey de 5 del mismo, No. 25, en que ordena marchar a Potosí, declarando mi repliegue por precipitado, pero temeroso con el mismo dice de *equivocarse en sus conjeturas* manda que se examinen sus órdenes en un consejo pleno de Brigadieres, Coroneles y jefes facultativos.

Al mismo tiempo ordena que entregue el mando a D. Juan Ramírez o por falta de éste a quien le siga en antigüedad hasta que llegue mi sucesor.

Tan exigente separación hecha sin una cláusula de honor y decoro, que por tantos títulos reclamaban mis servicios de tantos años, al admitir mi renuncia, era capaz de hacer desbarrar al ánimo más indiferente y apático, y mayormente cuando a mi sola insinuación y sufragio podía desbaratar ese nuevo ejército, fruto de mis tareas, pero meditando que la gran causa que yo sostenía era la de V. M. y no la del Virrey, compadecí su flaqueza y malpago, y con la firme esperanza de recibirlo de V. M. algún día en que mi fortuna me llevase a su presencia, para como lo verifico, demostrarle mi conducta y servicios, redoblé mi constancia, mi interés por su justa causa, y empleé mi extenuada y cadáverica existencia en sostener el Ejército, disculpando la conducta del Virrey, a pesar que ya mi debilidad me dejaba muy pocos ratos libres, pues pasaba muchas horas postrado de convulsiones violentas que me presagiaban mi proximidad al sepulcro.

En la hora que recibí el citado oficio cumplí la orden de entregar el mando, como consta del documento No. 26, y reconociendo ya la representación de mi llamado sucesor Ramírez, le pasé el oficio del Virrey quien en cumplimiento de lo prevenido convocó a Junta de Guerra, para resolver sobre el aserto del Virrey de que mi retirada de Potosí había sido precipitada, y sobre volver a aquella Villa. La adjunta Acta de 25 de abril, No. 27, en que yo no tuve intervención alguna, ni como Presidente ni como Vocal, pone el sello a mi conducta militar, califica mi repliegue, y confunde la ignorancia de los censores de ella, desesperanzándolos de hallar un solo voto ni dictamen que alegando el visible partido que descubriría el Virrey, fuese con el suyo y le abriese margen a sostener el descrédito que tan abiertamente intentaba establecer contra mi opinión.

D. Juan Ramírez de General en Jefe y dieciseis Brigadieres, Coroneles y Tenientes Coroneles, en Acta ya citada No. 27, contes-

tan al Virrey y entre otras cosas de que habla, dicen lo siguiente: "Que la retirada del General en Jefe con su cuartel general y corta guarnición con que éste se hallaba en Potosí, no solamente la han considerado militar, prudente y de urgente necesidad en aquel momento, sino que a beneficio de ella se ha conseguido la reunión del ejército, en un punto adecuado y preciso a su conservación, a mantener expedita la correspondencia con el Virreinato del Perú y a que por su respeto se mantengan en una aparente quietud las Provincias de La Paz, Cochabamba, La Plata, y la del mismo Potosí; que en ella influyó imperiosamente el aviso que en esquela reservada en francés le dio el Brigadier Tristán con el conductor de la pérdida de la acción de Salta, que aunque no se tiene presente por haberse remitido original al Excmo. Sr. Virrey, según ha expuesto antes de ahora, se sabe de notorio era concebida a prevenirle que *los enemigos los habían atacado en número de cuatro mil hombres de fusil; que aprovechaban los momentos a avanzar sobre el Cuartel General y que nada los detenía; que en tales expuestas circunstancias, de que el principal objeto de éstos era el de sorprenderlo, abandonase precisamente a Potosí replegándose a Oruro o más adelante en que pudiese asegurar su persona.* Que con tan terminantes avisos hubiera sido muy anti-militar toda resolución que se dirigiese a conservar el punto de Potosí como unánimemente lo acordaron los jefes que allí lo rodearon, porque además de no tener otra fuerza que la de poco más de cuatrocientos hombres en un numeroso pueblo, de cuya buena fe se dudaba, no había un dato que asegurase el repliegue y reunión del Sr. Brigadier Picoaga, su suerte y la de la guarnición de Jujuy, pues si como se creyó ser cierto el aserto de la esquela, podían ser sorprendidas y desarmadas por los enemigos. Que la distancia a Cochabamba, donde únicamente se hallaba una división de algún respeto con qué poder contar, con retardo de muchos días, pues que la de Chuquisaca consistía en cien hombres, la de Oruro en trescientos, ni era verosímil el que pudiesen reunirse en tiempo sobre el concepto de dicho aviso, ni el que desamparando sus objetos dejaran los pueblos que quedaban a retaguardia, con la instigación y comunicación que libremente podían tener por la ruta del despoblado, de desplegar sus supuestas intenciones de conmoción contra el Ejército del Rey, interceptar su comunicación con el Perú y asediario en Potosí, *¿y quién que tenga inmediatos conocimientos de la adhesión de estos pueblos a la revolución, podría dudar en semejante concurrencia de circunstancias, que era*

aventurar a un total exterminio las reliquias de este Ejército y a perder en un lance cuanto se había adquirido y sostenido en tres años de campaña?

Ninguno podrá ya dudar al leer la anterior exposición de los urgentes motivos que obligaron la evacuación de Potosí, y que lejos de merecer el renombre de *precipitada* que el Virrey le concede en su oficio, la Junta General de Jefes la llama *militar, prudente y de urgente necesidad* ¿a quién estaremos, al juicio del parcial Virrey que discurre desde las comodidades de su solio, o al dictamen de diecisiete jueces que sobre el teatro de las circunstancias, y con conocimiento práctico le dan esta calificación?

Estos mismos jefes meditan y mastican sobre la orden de marchar a Potosí y aun adelantarse hasta encontrar con los enemigos y *batirlos*; esto lo manda el Virrey, pero aquellos a quienes viene cometido el examen de esta orden, le ofrecen en la misma Acta No. 27 las causales que juzgan convenientes para demorar su cumplimiento. Esta ya no es obra mía, es de mi sucesor y así debe labrar en el concepto de V. M.

Aún me resta que ofrecer el último documento de comprobación de la legitimidad de mi retirada y de cuanto comprueba la verdad de todos mis asertos y exposición: el ánimo obstinado rara vez cede, y el Virrey siempre tramaba disfraces para perseguir mi honor militar, en mi manejo y justicia miraba la decadencia y ruina de su orgullo, y no omitía medio de confundir mis operaciones; así es que en oficio del 10 de abril duplica el de 5 del mismo en que ordena entregue el mando al Brigadier D. Juan Ramírez, y en el de 10 insiste desacreditando mi repliegue a lo que, entre otras cosas de curiosísimo examen de que hace mención la adjunta Acta No. 28, firmada por 22 jefes y remitida al Virrey, dicen lo siguiente:

“Consecuentemente se meditaron las cinco prevenciones que aquella contiene, y en cuanto a la primera de unanimidad reprodujeron cuanto se expuso en apoyo de la evacuación de Potosí en la Junta de 25 de abril último, añadiendo que además de los motivos de previsión y necesidad que la obraron, las demostraciones de lágrimas y lamentos de que se hace mérito no podía detener una resolución a que obligaban los terminantes avisos del Brigadier Tristán de que los enemigos meditaban con actividad y se apresuraban a sorprender la corta fuerza con que sabían tenía el Cuartel General, recelándose justamente de que serían batidas y en detall y sorpresa la guarnición de Jujuy sin que por la mala fe con que siem-

pre han obrado la pusiese a cubierto, el artículo de capitulación y la división del Sr. Picoaga en Tupiza, pues que ni de aquélla ni ésta se tuvo aviso que depusiese este recelo fundado en el del Brigadier Tristán; se tuvo también el de que la mañana del mismo día, se presintieron instigaciones secretas a conmover el pueblo contra la corta guarnición con que se encontraba el General en Jefe, hasta el término de habérsele presentado D. Juan José de Vargas, Alcalde de primer voto y D. Juan José de la Rua, Protector de Naturales, pidiendo por escrito a nombre del pueblo la libertad de los oficiales y soldados prisioneros de las tropas de Buenos Aires, cuya subversión solicitad, repelió con entereza y energía, y obligó a la precaución de distribuir las tropas en los puntos más a propósito, a poder contener el tumulto de que enviaba idea, y a facilitar la salida con todos los caudales y parque, como se logró a las dos de la tarde en el mejor orden, habiendo tenido los particulares que quisieron, como lo aprovecharon muchos, el necesario tiempo a poderlo hacer con sus intereses.

“Que el armisticio de cuarenta días propuesto por el General en Jefe, al de las Tropas de Buenos Aires Belgrano, se consideró en aquel momento de suponerse, por los avisos del Brigadier Tristán, la rapidez con que los enemigos marchaban sobre Potosí, conveniente y se adoptó, no para entrar en negociaciones con aquél, sino para detener sus marchas y tomarse tiempo a la reunión del Ejército del Rey en este punto, como máxima demasiadamente trillada en el arte de la guerra”.

No es ya posible presentar a los ojos de V. M. testimonios más auténticos e irrefragables que comprueben hasta la evidencia la cordura, juicio, cálculo militar y circunspección con que procedí a evacuar a Potosí, con el consejo de una Junta, cuyos dictámenes incluyo, explayando además las causales del tiempo y del momento que no son de poco peso, y últimamente que examinada ésta en un consejo pleno de todos los jefes presidido por mi sucesor dicen lo que acabo de hacer constar, y sin ejemplo en materias de esta clase confirman y ratifican su anterior dictamen el nuevo Consejo de Guerra, cuya Acta No. 28 acompaño, insertando la antecedente cláusula que hace parte de ella; se llenaron las medidas de la verdad y del examen hasta donde alcanza la demostración y la prueba; sin que me exima de unir por comprobante el adjunto oficio del Teniente General Sub-Inspector de las Tropas del Perú D. Juan de Henestrosa, a quien aprovechando de la oportunidad de mi tránsito

por la capital de Lima, con los dictámenes de los tres Consejos de Guerra, que dan a la evacuación de Potosí todo el mérito de que es digna, le pasé una consulta pidiéndole que como General, que conocía la guerra, me dijese francamente lo que se le ofreciese en la materia y no obstante que carecía de los conocimientos del momento y situación apurada en que me ví en Potosí, que tan de manifiesto presento a V.M., me pasó el oficio fundado, que adjunto con el No. 29, conviniendo sobre bien demostradas razones en lo justo y necesario de ellas, titulándola gloriosa y digna de todo elogio.

Este General fue Vocal de las Juntas de Guerra celebradas por el Marqués de la Concordia, y cotejando las exposiciones caprichosas y falsas del Virrey cuando puso a examen mi conducta, con los documentos ciertos de la verdad de los hechos, de que se penetró a nuestra vista, establece y sienta en su citado dictamen, que a la Junta de Lima con que se cree escudado el Virrey, se le informó equivocadamente, contrayéndose al hecho de los caudales que fraguó la falsa imputación del Virrey, haber yo dejado en las Cajas de Potosí, esta noble concesión del Teniente General Henestrosa, da bastante idea de su noble carácter que no se desdeña de ceder a la verdad y la razón contra cualesquiera dictamen que anteriormente hubiese suscrito, engañado del Virrey, con cuyos solos datos juzgó entonces, pero ahora legítimamente instruido reconoce el verdadero mérito de mi conducta, y presta a la sabiduría de V.M. un testimonio del descrédito y tortuoso manejo del Marqués de la Concordia; sólo resta que V.M. se penetre de que el único borrón que el Virrey ha echado con su infundada pluma, y nada meditado decir, se borre de mi carrera mereciendo la satisfacción de que se haga público el dictamen de V.M. en obsequio de un vasallo que tanto ha trabajado en el sostén de su causa.

Luego que puse en conocimiento de los Jefes del Ejército que había cesado en las funciones de General, en puntual cumplimiento de las órdenes del Virrey, obligándoles a autorizar mi dejación, como consta del No. 26, para precaver toda siniestra interpretación, me pasaron la representación original que acompaño con el No. 20 suscrita a las tres de la mañana de la misma noche en que lo abdiqué, lo que me precisó a continuar veintisiete días más con el título de General para prevenir el ánimo del Ejército, patentizándoles que si no salía moría muy luego en atención al estado cadavérico en que me hallaba, inhabilitándome por momentos.

En estas circunstancias es cuando yo redoblé, más y más, el interés por la causa de V. M., las pocas horas que mi decadente salud y repetidos vértigos, me dejaban libres las empleaba en persuadir a los batallones y su oficialidad de que entonces más que en época alguna deberían sostener aquélla, esforzando su valor, y entusiasmo, pues a él miraba ligado mi honor, y concepto, acerca de la incontestable prueba que iban a dar de la subordinación con que los había educado separándome de ellos no por defecto de voluntad, sino de extenuación absoluta de salud, a que me habían conducido cinco años de trabajos.

No hubo quien no cediera a la insinuante voz de los intereses de la Nación y al deseo de mi reposición, y no obstante que la debilidad no me permitía salir de mi Gabinete, ofrecí al Ejército y a los Jefes, como consta de la Acta autorizada de todos No. 28, que aunque fuera del mando, si durante mi residencia en el Cuartel General se acercaban los enemigos, lo tomaría de nuevo por el tiempo preciso de mandar la batalla y batirme. Además, publiqué la proclama No. 31 y dejé a disposición de mi sucesor en sólo Oruro cuatro mil setenta y siete soldados perfectamente disciplinados, y entre ellos mil ciento ocho hombres de caballería, como aparece del estado del Mayor General No. 32, incluyendo otro del mismo No. 33, que abraza las guarniciones de La Paz y Desaguadero, y aumenta la fuerza a cinco mil quinientos noventa y dos según lo demuestra dicho estado.

El de artillería igualmente adjunto No. 34, comprueba el abundante surtido de esta arma, y los almacenes que la sostenían de repuesto en La Paz y Desaguadero.

La Caja militar como lo manifiesta el estado del Intendente del Ejército que acompaño con el No. 35.

Todo lo dejé en el estado de una verdadera perfección, habiéndolo formado y sostenido a fuerza de mis desvelos, nada dejé de hacer en honor y deber, no me quedaba más paso que el de sepultarme sin utilidad, y sin el verdadero mérito de haberlo sido como buen militar en el campo de la gloria, y previo el dictamen de facultativos, que aparece del No. 36, partí para el puerto de Ilo en solicitud de baños la noche del 22 de mayo de 1813.

Di cuenta de mi salida al Virrey realizadas ya sus órdenes de quedar hecho cargo D. Juan Ramírez, nombrado interinamente mi sucesor, hasta la llegada del propietario D. Joaquín de la Pezuela que ya estaba en camino, asegurando a V. M. que el incesante tra-

bajo que impendí en Oruro puso este insuperable dique a los esfuerzos del enemigo como la experiencia lo ha demostrado.

Entregado a sólo el cuidado de mi salud en una Quinta recibí el adjunto oficio del Virrey No. 37, con la proclama que lo acompaña que se circuló de su orden. Ya yo no era hombre público y no obstante el idioma que despliega verá V. M. que está conforme con mis servicios, pero a medida que a la faz de la América ofrecía este acto de justificación, no solicitado ni exigido por mí, ya corrían cerca de dos meses que había escrito a V. M. el oficio de 14 de abril, que tiene el carácter de un libelo sin autor, pero ya que el Virrey lo ha suscrito, abre margen a que la sabiduría de V. M. fije su alta penetración, sobre la conducta sorprendente de este jefe, cotejando los elevados encomios con que satisface a la opinión pública, cuando habla de mi persona, al paso que a V. M. le cambia estos elogios en defectos y rebajas; todo forma la verdadera idea de la inconsecuencia del Virrey, a cuyas órdenes por una fatal desgracia he servido.

Cesa en su oficio de continuar el parte de los acontecimientos públicos, muy satisfecho de haber ilustrado a V. M. y prosigue: "Con este motivo no puedo menos de comunicar a V. E. que tal vez no se hallará ejemplar de que ningún jefe hasta ahora se haya visto en el compromiso de que el General Goyeneche me ha tenido de dos años acá; pues por una parte me era insufrible su petulancia, amor propio, y exaltado engreimiento en que a cada paso tropezaba con faltas de subordinación y un procedimiento arbitrario, pero por la otra me hallaba obligado a acariciarle y conservarle en el mando del Ejército, pues si lo separaba, contemplaba infalible su disolución, pensando lo mismo las autoridades y gentes sensatas de aquel país y éste, porque como era hijo de la Patria, y había organizado aquellas tropas poniendo a la cabeza de los batallones caballeros de las provincias limítrofes muy adictos a su persona, en el momento se hubieran disgustado sobremanera, atribuyendo la providencia a rivalidad por ser americano y era de esperar tomasen un partido violento si le permitiese la dejación del mando como repetidamente sin causa ni motivo lo ha solicitado con demasiada altanería pues lejos de haberle... me he excedido extraordinariamente en condescendencias y aplausos mucho más allá de lo razonable, sin que nada bastase a complacerle y tranquilizarle". Si la Junta de Buenos Aires hablase en estos términos irritada de haberle destruido sus tropas, el plan de independencia, haberla empobrecido, y batí-

dole constantemente cuatro años sus maquinaciones y opinión en el Perú, no lo extrañaría; pero que el Virrey Abascal se atreva a pagar en esta moneda mis tareas y trabajos, no cabe en la cabeza. En medio de los horribles insultos que he sufrido de los revolucionarios, ninguno llega a éste, porque jamás pensé sino en la destrucción de aquéllos, y la realicé con acierto sin haber perdido una sola acción de cuantas he mandado para aniquilarlos, y con razón clamaban contra el instrumento de su ruina que era yo; pero en Abascal que no ha recibido de mi parte más que incienso, y que él ha cogido el fruto de mis batallas, sentado en el solio de sus malentendidas facultades Vice-Regias, llenándose de insignias y atributos de honor, circunvalado de adulación, comodidades, y aprobaciones gratas, ¿podía esperarse semejante conducta? Terrible desengaño, irritante ingratitud, capaz de exasperar al hombre más indiferente, pero su desenlace será feliz, cuando depende del examen de la gran Nación española, a quien he servido, y a quien le sobran recursos y munificencia, para premiar mis trabajos, y los no merecidos ultrajes que empiezo a destruir para que a la calumnia estampada por el Virrey siga la demostración que lo analice de inconsecuente, e ingrato, y que sin pararse ni meditar en años enteros de elogios informados a V. M. quiere destruirlos de una sola pincelada sin que para ello obre otra causa que una vicisitud militar ocurrida a un jefe subalterno de mi Ejército en que yo no he tenido parte:

¿Qué se diría si yo hubiese sido el batido y el que hubiese perdido la acción? Lo menos sería declararme incidente, pero mi inseparable fortuna, mi conducta y manejo, y la justicia de mi causa, no ha dado lugar al Virrey para acumular esta injuria ni otras infinitas de venalidad, injusticia, abuso de autoridad, y sólo apela a pueriles quejas que desmenuzadas en su verdadero sentido, van a confirmar a V. M. que lo que llama el Virrey insubordinación, era interés por su servicio porque lo agitaba por recursos y auxilios; el engreimiento y petulancia, honor y entereza; y que los causales de mi renuncia dimanaban no de falta de causa como él dice, sino del convencimiento que me asistía de su ninguna previsión, de mi escasa salud, y que sólo eran buenos para servir a sus órdenes, los jefes que le ofrecían motivo de decir *APRUEBO*, pero no aquellos que como yo lo acusaban seriamente de oficio, de inerte, y lo agitaban bajo de responsabilidad en el severo Tribunal de la Ley y de la Justicia. Esto no le gustaba, y así era forzoso, que algún día menos

feliz para mí, abriese margen al infundado despecho con que el Virrey se produce.

Los dos años de sufrimiento, que cita, son los mismos que no he cesado de instarlo por recursos y auxilios, según consta del adjunto índice No. 38 de mis oficios, que empiezan en 27 de julio de 1811 y como no se daba la realización que pedía, me era forzoso repetir mis instancias, dándoles el nervio y exigencia que sus grandes objetos demandaban, sin que jamás haya procedido arbitrariamente en cosa alguna, pues la menor provisión de empleos sea en el ramo que fuese se le consultaba para su aprobación; no había correo en que no le pusiese un parte circunstanciado del estado general de cuanto ocurría, sin perjuicio de hacerle frecuentes extraordinarios para anticiparle los avisos, y difícilmente se presentará jefe alguno que ligase más sus operaciones al examen del Virrey. Las piezas justificativas que acompaño son el comprobante de esto: en ellas están sus escasísimas órdenes; todas fueron transmitidas a donde competía, y las que estaban conformes con su cálculo siempre inexacto y no con la ejecución, se le representaban los inconvenientes, y convencido de ello, se conformaba como aparece de sus mismos oficios. Yo contesto con documentos, y no quiero jugar la ventura que el Marqués de la Concordia de que se me crea por mi palabra o por lo que digo: *esa insufrible petulancia, amor propio y exaltado engreimiento de cada paso* como dice, no era jamás pidiendo gracias, condecoraciones ni informes lucrativos a V.M., pues nunca solicité gracia alguna ni exigí el menor apoyo de su mediación; era en obsequio de la Monarquía, era en su servicio, en bien de la España, para no permitir que triunfasen los insurgentes del Ejército del Rey, que se previese con tiempo el medio de conservar el respeto por anticipados aprestos que exigía la guerra civil en que estaba envuelto, la sublevación de las provincias, las hostilidades militares de Buenos Aires, una dilatada línea de doscientas sesenta leguas que tenía que cubrir con multitud de radios a que atender para sujetar los pueblos y conservar las comunicaciones libres; todo esto lo pesaba en la balanza de mi responsabilidad, y en tiempo oportuno lo hacía presente; bien lo indica la cadena de mis oficios en la pieza justificativa No. 38, que por fechas se llaman los unos a los otros, lo que prueba que no se les daba salida, pues si se hubiese subvenido a mis demandas yo cesaría de turbar el dulce reposo del Marqués de la Concordia. De aquí dimanaba que esforzase mi pluma único agente que me era lícito desplegar con el Virrey, y le

oblaba gustoso mi mando para persuadirlo que no deseaba retenerlo en la incertidumbre de dar mala cuenta. Este mi ardiente celo por la Monarquía Española, es el que merece los aciagos conjuros de *petulante engreído*, y demás que se citan anteriormente; véase el fin y el objeto que llevaban al solicitarlos, téngase presente el modo con que se han desmenuzado los anteriores asertos del Virrey, y sacaremos en limpio que no ha sido en esta acusación más feliz que en las anteriores.

Las causales en que funda el no haberme admitido mis repetidas renunciaciones temeroso de la disolución del ejército, *porque era hijo de la Patria y había organizado aquellas tropas y por estar a la cabeza de los batallones caballeros de las provincias muy adictos a mi persona, que era de esperar tomasen un partido violento si permitía mi dejación*, es la más audaz y difamatoria a los ilustres personajes que sostenían la causa de V. M., pues que cada uno de aquellos sujetos de la primera Nobleza de las Ciudades, dejaron sus comodidades, familias, y fortuna ¿Para servir al vasallo Goyeneche, o por servir al Rey nuestro Amo y Señor? Obró en su salida el interés natural y la gloria de verse a las órdenes de un compatriota a quien amaban, por haber sido su fundador y Padre en el arte de la guerra, y que siempre los había conducido al campo de la gloria con economía de su sangre pródigamente oblada, pero en lo substancial su vida, sus sacrificios y su dedicación, eran por V. M. sometidos siempre a sus órdenes, y obedeciendo al Virrey hasta el mismo límite de mi separación que es la roca donde el Virrey trepida como con desconfianza de su acendrada fidelidad. ¡Qué injuria tan atroz y tan poco meditada, la que sospechaba el Virrey de los mismos instrumentos que le labraban su crédito! Fatalidad desgraciada la nuestra que por mucho que hagamos, siempre la sombra lúgubre de la desconfianza cubre nuestros hechos, y jamás merecemos el bien ganado distintivo que reclaman nuestros servicios: la posteridad mirará con horror, el pago que ha dado a mis ilustres compañeros el Marqués de la Concordia, y ésta misma lo confundirá cuando diga la Historia "Goyeneche salió: el Ejército mismo que fue obra de su amor a la España, sostuvo su causa y entusiasmo, y en los campos de Vilcapujio, su más favorecido, el ilustre Picoaga, cuzqueño de nacimiento, ganó esta batalla perdida ya, no por defecto de su General Pezuela, sino porque puestos en dispersión su centro y ala izquierda, no le quedaba otro apoyo que la derecha de este jefe americano, a quien escribiendo de oficio el mismo Pezuela congratu-

lándolo por su firmeza le ofrece una corona aunque ésta sola fuese la disponible en sus manos”.

¿Cuántos de estos hechos no podía yo traer a la vista de V. M. en otros de los mismos americanos que se han batido a mi vista? Yo no negaré que me amaban, porque había razones justas para ello, pero diré que amaban más a V. M. pues por sus servicios, se batían, morían y sufrían con inexplicable constancia los trabajos de la guerra. Ya habían corrido cuatro años de campaña, y todavía se dudaba de nuestra subordinación y buena fe: es preciso correr un velo a este funesto desengaño confiado en que V. M. mirará no sólo por mis compatriotas sino por mí, y dejemos metida en escombros la opinión de un Virrey que así juzga, y recompensa a los que tanto han contribuido a su exaltación y descanso.

Aún no era yo General de ningún ejército sino Presidente interino del Cuzco, cuando en octubre de 1810, según consta del oficio No. 39, hice al Virrey dimisión de este cargo, desengañado de lo poco que podía esperar de un jefe, profundo egoísta, a cuyas órdenes no se podía salir con lustre porque no era consecuente, y el mal pago que me aguardaba ya le preconizaba mi instinto y corazón en sólo el contacto que había entre nuestras mutuas facultades: pues entonces no había caballeros adictos a mí, ni ejército de mi creación y devoción que tomase partido violento. Era un mero Presidente interino. Pudo haberla admitido sin zozobra, sin peligro, evitándose el sufrimiento con que asegura haberme tolerado, y aplaude sus condescendencias que verdaderamente me debían poco aprecio porque yo no le pedía frases de educación, sino armas, recursos, y hombres para disciplinarlos, y en cambio se me contestaba que todo se aguardaba de mi pericia y talento cuyos elogios no eran los medios de salir con honor de la lucha en que estaba envuelto.

“Propone a V. M. no hacerse difuso, asegurando tomará el hilo desde antes de la batalla del Tucumán, que se infundió terror en mi ánimo, que deseché sus providencias manteniéndome en inacción solicitando refuerzos al parecer para dejar exhausta de todo recurso y defensa su capital”.

No carece de mañas y es profundo en artificios el Virrey, sin duda persuadido que su Auto Inquisitorial (título que debidamente merece su oficio) jamás llegaría yo a penetrarlo y que sólo serviría para derribar mi concepto que tanta sombra le hacía a su exaltado amor propio: ese brinco intempestivo de venirse al primer teatro de

las vicisitudes de la guerra (el Tucumán) dejando al olvido el primitivo origen del sostén de la América debido a mis esfuerzos, no merece citarse porque es en mi favor, y porque de él dimanó su permanencia de Virrey, pero sin usar de otro idioma que el suyo, contestaré al concepto que él mismo formó de ese notable intervalo que desea verlo olvidado, pues pasando por encima de él quiere que V. M. haga lo mismo para no recordar el fundamental cimiento de mis trabajos y servicios militares.

Decidí la suerte de la América del Sur en Guaqui, y al parte de la batalla, me contestó enviándome un provisional Despacho de Mariscal de Campo No. 40, cuyo tenor es el siguiente:

“D. José de Abascal etc. Por cuanto atendiendo a los desvelos, constante dedicación y trabajos que impendió el Brigadier D. José Manuel de Goyeneche, para la formación, organización y disciplina del Ejército Real del Perú, cuyos efectos han lucido tan extraordinariamente como se ha visto el 20 del pasado, batiendo completamente el de los insurgentes de Buenos Aires en la batalla de Guaqui y Machaca, cogiéndoles dos banderas, toda su artillería y conoimientos militares de dicho Jefe, a que se agrega el cúmulo de circunstancias que le adornan, y el distinguido mérito que contrajo en la entrada que hizo en La Paz el año de ochocientos nueve, en uso de mis facultades Vice-Regias, he venido en conferirle en nombre de S. M. el Señor Don Fernando Séptimo y del Soberano congreso de las Cortes Generales y extraordinarias de la Nación que lo representan el ascenso a Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, etc.

“Lima 11 de julio de 1811.— José Abascal”.

Este certificado, despacho, o bula, resume en compendio cuanto debe ilustrar la sabia penetración de V. M. para que la historia de mi vida pública sea más correcta que lo que la intención del Virrey descubre. En aquel tiempo yo era un hallazgo de fortuna a quien atribuía *la tranquilidad de la América*, hablando con ingenuidad verdadera, pero en éste ya era un escollo de su decantado mérito, y era preciso minarlo sin detenerse en el modo y medios. Esa palabra terror que adopta el Virrey es un rasgo de despecho más propio de su corazón que del mío, pues yo tenía bien probados a la faz de mi ejército y de la América toda la serenidad y valor con que sobre el fuego de artillería y fusilería enemiga presidía yo mis-

mo en las acciones a las filas y batallones, habiendo tenido suficiente sangre fría para poner mi pecho limpio de parapeto a las balas enemigas cerca de dos horas en posición inmóvil aun siendo el blanco de sus fuegos por haberme conocido como sucedió en la batalla de Guaqui, sin que me hubiese sido posible variarla porque mis movimientos dependían de los que debían hacer según mis órdenes otras columnas, pero el Virrey al usar de esta impropia expresión aún recordaba el terror de que se halló penetrado antes de Guaqui, pues con su anuencia y conocimiento permitió al Cabildo de Lima, de que era Presidente que hiciese extraordinario al sanguinario Castelli, dándole tratamiento de Excelencia, con proposiciones pacíficas. Todavía distaba Castelli de su capital, doscientas setenta y seis leguas, y ya se sometía a su examen con este paso dictado por un verdadero abatimiento y terror, que mi corazón no conoció a cuatro leguas de distancia, desde donde *este audaz caudillo me convidaba a una entrevista lucrativa* bajo de todos aspectos según él decía; me negué a ella y a tributarle el título de Excmo., lo busqué con fuerzas bien inferiores y desiguales y lejos de dar pruebas de terror, di de arrojo y serenidad sobre el fuego, dejando al Marqués de la Concordia sereno y asegurado en su amada Autoridad con los esfuerzos de brazos ajenos.

El desechar sus providencias es una arrogancia de su estilo. Las que dio tengo ya demostrado hasta la evidencia en los parajes donde corresponde citarlas, que no fueron adaptables a las circunstancias, al tiempo ni al terreno, que sus dificultades se le representaron, y su conformidad y convencimiento lo demuestran sus oficios que hacen parte de las piezas justificativas que exhibo, desmenuzada cada una en particular, como son que ordenó que fuesen mil hombres al Tucumán, como consta de su oficio No. 1, y a V.M. le dice que contra sus órdenes se adelantó la expedición; que ordenó que el fuerte de Cobos se fortificase, y en el Pasaje se situara un grueso destacamento, cuyos inconvenientes se le demostraron, y persuadido de ellos se llama convencido, y a V.M. se queja de lo contrario. Cuánto vale tener memoria para mandar, pero ésta la perdió el Marqués al escribir a V.M. y así no es extraño que a cada palabra preste un motivo de poca meditación, que descubra más y más su falta de circunspección en materia tan interesante como delicada.

Esa inacción que me atribuye es un crimen de intención, jamás he adolecido de esta enfermedad: mis enemigos han temido constantemente más mi actividad y rapidez que los medios que tenía

para ofenderlos; díganlo mis marchas en las provincias conquistadas y la oportunidad con que siempre le salía al encuentro por cuantos puntos me llamaban la atención. Busqué siempre los grandes peligros, y si me situé en Potosí, paraje adusto y rígido, fue con conocimiento y anuencia del Virrey, que él mismo llama punto céntrico de nuestros cuidados en su oficio de 7 de enero de 1813 y porque desde aquél buscaba recursos pecunarios para el sostén del Ejército, que de un solo tronco que formaba en el Desaguadero, se dividió en ocho gruesas ramas que cubrían Desaguadero, La Paz, Sicasica, Oruro, Cochabamba, Potosí, Charcas, Tupiza y Salta, que todas entretenían su total fuerza de cerca de ocho mil hombres de que constaba, teniendo que acudir cada una de éstas desde La Paz para acá, a sujetar las continuadas convulsiones de que por momentos se hallaban amagadas en los vastos partidos de su comprensión, donde incesantemente iniciaba la revolución, pues a medida que se apagaba en uno, se principiaba en otro, y aunque yo no podía estar en todas partes mi incesante trabajo daba salida rápida a todos porque situado en un centro común, mis providencias, auxilios, y la pronta salida a las consultas y demandas de cada uno era quien sostenía el régimen y respeto de la autoridad de V. M., cuyo principal apoyo consistía en el temor que los pueblos concebían a la rapidez de mis medidas desde el fanal de Potosí, que con oportunidad remediaba los males, y más que todo, a virtud de mis arbitrios daba de comer a las tropas. No por esto dejé de ir en persona a conquistar segunda vez la Provincia de Cochabamba, haciendo su viaje de ciento ochenta leguas a paso de tropa, a pie en cuarenta días; después de haber estado once en aquella ciudad para organizarla, habiendo antes derrotado en Nazareno D. Francisco Picoaga a la división de Buenos Aires del mando de Díaz Vélez, mediante el oportuno refuerzo que le duplicó su fuerza en el instante mismo que se avistaban ambos contendores, y fue despachada por mí con previsión de su situación, esta misma operación libertó a la ciudad de La Paz del sitio en que la tenían los enemigos posesionados de sus arrabales y en momentos de rendirla cuando llegaron las fuerzas que destaqué de Potosí que dista ciento diez leguas, obligando a estos mismos soldados a deshacerlas y seguir a Jujuy donde llegaron en la oportunidad de sostener el repliegue del Tucumán, y si por las causales que anteriormente expuse a V. M. no se hubiese anticipado Belgrano a dar la acción de Salta, yo mismo la hubiera mandado pues tenía prefijada mi salida de Potosí con los caudales que asegu-

rasen la subsistencia del Ejército. Todo esto lo sabía el Virrey, o por mejor decir su Secretaría, donde si hubiese ocurrido por antecedentes, hubiera sido menos fácil de inculcarme de inacción, cuya palabra por agravante y no por merecida ni justa la creyó apropiada a su memorable Parte.

Las instancias de tropa y armamento que amenazaban a Lima de dejarla exhausta según teme el Virrey se redujeron, siempre, lo más a dos mil hombres, que deseaba tener de cuerpo de reserva a mis inmediatas órdenes para acudir al punto que flaquease, porque la fuerza total del ejército estaba distribuida sin medio ni recurso de rebaja en nueve puntos capitales cuyas distancias desmedidas no ofrecían el ejecutivo recurso de una pronta reacción que cubriese igual apuro, pero Lima nada podía dar porque era voluntad del Virrey, y en las provincias adictas a su mando, que yo le citaba, por no haber tenido el recargo de un solo hombre en toda la guerra, dice el Virrey, como consta de su oficio No. 13, *en unas hay razones políticas para no intentarlo, y a otras se previene que eviten lo que buenamente pueda juntarse*. Si el Virrey me hubiese habilitado de solos los dos mil hombres que con tanta anticipación le pedí, yo no hubiera salido de Potosí sino para buscar a Belgrano donde lo encontrase; pero yo me fatigaba en vano, se buscaba mi ruina y aburrimiento, porque sin este mezquino paso las glorias del Marqués de la Concordia no quedaban coronadas; su corazón no abrigaba más que resentimientos a mi persona y crédito, y no se combinaba con sus ideas prestarme los medios del triunfo, sino las negativas de correr la suerte con las únicas fuerzas que yo había buscado y eran fruto de mi trabajo, contracción y constancia.

La confesión involuntaria que seguidamente hace de que la capital no había contribuido en toda la guerra más que un batallón del Fijo, que en tres años no recibió un solo reemplazo de su cuerpo, y cuya fuerza no excedió de quinientos hombres cuando lo enviaron en el año de 810, habiéndose disminuido hasta casi su extinción, y de ciento cincuenta Pardos y Morenos, demuestra hasta la evidencia, que con justicia pedía refuerzos de los de una capital virgen con respecto a la escasísima fuerza con que contribuyó, y a las que debería suponerle bajo el conocimiento que el Regimiento Fijo en tiempo de guerra consta de tres mil doscientos cincuenta y nueve hombres, que fuera de este cuerpo de línea se había creado el de la Concordia con veinte y dos compañías de ochenta hombres para la conservación del orden público y sostén de la Autori-

dad; que el Batallón de Españoles de Lima constaba de mil trescientas veinte plazas; el de Pardos libres de igual número; el de Morenos libres de cuatrocientos ochenta; el Regimiento de Dragones de setecientos cuarenta y siete, cuyos totales en sólo la capital suman la fuerza de ocho mil ochocientos ochenta y seis hombres, sin el recurso de traer cualesquiera de los cuerpos de Milicias de los que existen en sólo sesenta leguas de su circunferencia dispuestos a acuartelarse al primer llamamiento de su Autoridad y bajo de esta demostración sacada del estado militar de Lima ¿era contingente en tres años de campaña seiscientos cincuenta hombres que el mismo Virrey confiesa haber enviado? La más exigente de mis demandas fue de dos mil hombres, y para ello habría el camino de que Huamanga y otras provincias que no habían contribuido con uno solo los facilitasen; y si Lima no podía dar ninguno, ¿de quién sería el defecto sino del Virrey, que al decir a V. M. que no tenía, prueba que le engañaba, y si efectivamente no los había prueba su abandono en no examinar el estado en que se hallaban los cuerpos de su dependencia, a cuya frente estaban sus jefes, oficiales y un Sub-Inspector, cabos subalternos suyos para información ver su estado de fuerza, disciplina, e instrucción, y mayormente en momentos de zozobrar estos Dominios: de qué y para qué sirven a V. M. tantas planas mayores, gastos y distintivos militares que hace tres siglos está pagando en la América, con el fin de que sean útiles el día en que la Nación los necesite? Este severo cargo de responsabilidad al Virrey debe confundirlo, porque lo despoja de los objetos de su instituto y obligación, y descubre que el Virrey es una deidad de paseos, Corte, protección, aparato y disposición para informar a V. M. a su antojo, persuadido que un pliego suyo en la Corte es un precepto divino. No estamos en este caso, ya es otra época, nuestra sabia constitución ha reprimido estos abusos y el Virrey y yo debemos ser juzgados delante de V. M. para que recibamos ambos el premio o castigo que merezcamos.

Es cierto que con las Milicias del Cuzco, Arequipa y Puno que dice se reformó el Ejército pero *que ya no me gustaba*. Esta es una pica descarnada: disgustados aquellos aldeanos de las fatigas de la guerra y de los clamores de sus familias, iban insensiblemente disminuyéndose por la desertión y por las bajas anexas a la campaña, y aunque yo inventaba arbitrios de generosidad, promesas, castigos, y cuanto dicta la más fértil imaginación para contenerlos, la disminución iba en aumento, y sin atenerme a lo que me prometía del

Virrey, solicité doscientos hombres de Arequipa que no pude obtenerlos y dirigí a todos los partidos de la Provincia del Cuzco, donde me consideraba con influjo, proclamas muy patéticas y enérgicas, con orden que los curas párrocos las leyesen en sus púlpitos con el fin de obtener de cada partido el moderado cupo de gente que les pedía: pero ¿cuál fue el resultado? Léase el oficio adjunto No. 41, del Presidente del Cuzco en que da cuenta de la imposibilidad de la recluta, corroborando su aserto con dos copias certificadas de subdelegados, que le dicen que ni el sorprenderlos a media noche, maniatarlos, y conducirlos a la cárcel bastaba para lograr el alistamiento; ¿podía yo desplegar mi ardiente celo a más, ni convencido V. M. de las pruebas que presento podrá escuchar con agrado que ya *no me gustaban aquellas gentes* como establece el Virrey? Y en semejante conflicto y en el de verme deshauciado, pues él mismo dice en su oficio *repetidas veces le manifesté ser imposible*, ¿podía yo hacer otra cosa que dimitirle mis cargos, pasando por el terrible trago de poner un dilatado paréntesis a mi carrera, cortando el hilo tan bien seguido con que agradaba a V. M. y a quien deseaba corresponder reconocido a la opinión de mis servicios? Sólo me tranquiliza, Señor, la convicción de mi conciencia, y que todavía tengo edad y tiempo para que V. M. sea el inmediato testigo de mis futuras operaciones.

Hasta este momento todas han sido cautelosas relaciones del injusto Virrey para preparar a V. M. de prevenciones degradantes a mi persona, y cae luego en la hoguera citando el oficio de 10 de marzo de 1812, cuya contestación jamás la dio, y en su descubierto apela al pueril subterfugio de que se le traspapeló: ¿podrá jamás satisfacer a V. M. semejante escape que ni aun siquiera presta el sentido de una cláusula honesta? ¿y podrá tampoco cubrir su descubierto con la engañosa nota puesta a la hora de informar contra mí, a manera de aquellas protestas curiales que con tinta del día y fecha del tiempo atrasado suelen hacer esa clase de hombres mañosos que en los trastornos de los Imperios desean vivir con el Partido que vence? Pues esta misma es la conducta del Marqués de la Concordia, al paso que este oficio que se acompaña con el número 7 me pone fuera de toda responsabilidad, como lo protesto delineando el fiel cuadro de mi situación y su permanente olvido a mis fundadas reclamaciones patentizadas hasta la evidencia como el mismo oficio lo demuestra: léase, medítese sobre su verdad, mi inclinación de continuar la guerra y mis cordiales protestas de sostener la

causa de la Nación Española, y se verá que un año antes de sufrir vicisitud alguna militar le instaba al alistamiento de una corta fuerza de reserva, que con anticipación sirviese de depósito para tener recursos a la mano y prontos en el caso de necesitarlos: sobre todo el objeto de este oficio ¿no era pedirlos? No se facilitaron aun después de recibido, y ¿de qué serviría la *contestación traspapelada* si los efectos que debieron verse no salieron a la luz? Repito a V.M. que no la dio, que se despreciaron mis clamores y cree el Marqués haber cumplido perfectamente con abatir mis acciones militares diciendo, que *no son de la clase que las caracterizo*: su avalúo él mismo lo había hecho antes como aparece de su voluntario despacho de Mariscal de Campo ya citado, lo había hecho la opinión pública, las corporaciones de la América, las maldiciones de Buenos Aires y aun los extranjeros, y más que todo V.M. y el Consejo de la Regencia que en 21 de enero de 1812 me congratula por mis triunfos, y en 9 del mismo se trasladó al Virrey un oficio de 5 de los Secretarios de las Cortes en que V.M. me honra y satisface. Todos estos fueron pasos de verdad y justicia, pero los últimos del Virrey son de descubierto, despecho y contradicción.

No habiendo producido aquel oficio efecto alguno ni el de su acuse, resolví enviarle un Ayudante de órdenes con el de 28 de octubre que existe al No. 8. Los ningunos resultados que produjo esta misión los ha visto V.M. por los oficios originales el citado Ayudante Povil No. 9, y por la exposición que anteriormente hago de este asunto. El Virrey lo califica a los ojos de V.M. de infundado, pero su contenido y demostración lo desmiente: dígalo el mismo oficio: yo *no traspapelo* nada; cuanto hace relación en pro y contra de mi causa, lo exhibo, por ser un deber de la ingenuidad y honradez.

Esa palabra *Bajeza* que desde el solio de la comodidad establece el Virrey, contra mí, que sufro y me veo en el caso a que nunca pensé llegar de vindicarme, sólo porque no ha entrado en mis principios el ser ciertamente bajo en tolerarlo, es la más compendiosa y disonante que ha podido usar: la aplica a la proposición de tratar con Belgrano, quien efectivamente me había hecho entender que anhelaba por un acomodamiento, y como yo tenía a la vista el que el Virrey Elio había pactado, y posteriormente la Corte del Janeiro con la Junta de Buenos Aires, me complací sobremanera de que hubiese disposición en aquel caudillo para establecer un sistema que concluyese con la efusión de sangre, los llamase a juicio y vol-

viesen a la reconciliación de nuestra Madre Patria, únicas bases sobre que podía establecerse, como se lo digo al Virrey en oficio de 31 de enero No. 11 y no obstante que inició una proposición tan adaptable al sistema de V. M., que debe llorar la efusión de sangre de sus hijos, y que se bañaría de gozo de verlos de nuevo en su paternal redil, me abstengo de ofrecerme ni tomar parte en una negociación, que le encargo y pido la confíe a Plenipotenciarios de su confianza con instrucciones que le dicte su celo pues yo no era instrumento para tal encargo sino para dirigir y continuar la guerra. ¿Cabe en esto sospecha, intención, ni esa solapada malicia con que el Virrey descansado, y [ilegible] para sostener la guerra se presenta bravo y fiero para no escuchar la paz, prescindiendo del honor que le redundaba de hacer conocer a los pueblos que había tentado este dulce medio, y que infructuoso, era preciso continuar las hostilidades, para lo que reclamaba su constancia y empeño? El solo proponerlo como lo hice, en obsequio de mi amada Patria y de sus ingratos hijos hacia nuestra Madre la España, es un delito, es un crimen que me trae el horrible apodo de *Bajeza*, al paso que el Virrey se aplica el de *decoro* en la contestación que cita. Si cambiásemos estas dos frases habría más propiedad en su aplicación: la justicia y la humanidad llamarán sin arrepentimiento alguno, la atención de V. M. al objeto que me propuse, y al sentido con que el Virrey me denuncia.

Cuando desentendiéndose de hacer alistamiento alguno, apeló a la orden de que disminuyese las guarniciones de las Provincias de retaguardia, ya yo había tentado este arbitrio, haciendo el principal esfuerzo sobre la de Cochabamba, única que prestaba medio de disminución, pero era forzoso oír el dictamen de su jefe Lombera, a quien en 30 de octubre de 1812 propuse este plan. Su contestación, adjunta con el No. 42, satisfará a V. M. con sus reflexiones que no dejan resquicio para desprenderse de un solo hombre: el conocimiento que me asistía de su probidad y circunspección, unido al de la tenaz terquedad de Cochabamba por el Partido de Buenos Aires, me decidieron a su aprobación, dando cuenta con inclusión del oficio de Lombera al Virrey, pues en la pieza justificativa No. 5, digo: "*Si consiguiese los reemplazos de tropas que tengo pedidos y anuncio con esta fecha a V. E., aumentaré la vanguardia al número de cinco mil como desea V. E. y me previene en uno de los oficios de 25 de enero último, pero sin aquél, no me es posible por no serlo por ahora el reducir las guarniciones que manifiesta el*

estado de este Ejército a menos fuerza de las que tiene. Vea V. E. por la copia del No. 3 lo que sobre el particular me representa el Coronel Lombera, Comandante General de Armas de Cochabamba, siendo en mi concepto el que no admite sin aventurar sus objetos, disminución. La de Oruro la ha tenido de cien hombres que por ahora deben sacársele con destino a completar cuatro mil en Salta y Jujuy, para cuyo número tendré que reducir la de La Paz, balanceando siempre en estas distribuciones para seguridad y sosiego de las Provincias y Partidos que cada una guarnece”.

¿Y será posible que teniendo el Virrey en sus manos las causas justas de Lombera, que consta por el anterior acápite haberle remitido, y juntamente este oficio mío en que le satisfago en orden a disminución de guarniciones, haya omitido citarles en su parte, atribuyendo la falta de ejecución de esta su orden a que era efecto de estar poco satisfecho de sus razonamientos? Si el Virrey no conocía el terreno, las distancias, el genio, ni demás datos que son precisos para mandar con acierto, y sus razonamientos, como él los titula, eran desbaratados y perjudiciales ¿se podrían poner en práctica aunque los ordenase? No se podía hacer otra cosa que satisfacerlo tolerando sus impertinencias, hice y en prueba de ello léase en el acto y sin que pase tiempo el oficio del 31 de enero, que llama el Virrey destemplado lleno de sofisterías, argumentos escolásticos y reflexiones anti-militares. Es un milagro que no se le haya traspapelado, pero se salvó de este naufragio y aun el de tragárselo vivo porque sabía y temía que su autor lo guardaba, y que viniendo al necesario tiempo de una desgracia a que ya lo emplazaba, había de salir a luz; es tal su valor, exigente fuerza y destrucción de cuanto el Virrey había ordenado, que aunque va adjunto con el No. 11, lo inserto a la letra y Dice:

“Excmo. Sr.- Sin más descanso que las pocas horas restantes de la noche del 25 de diciembre último en que despaché el correo general de esa carrera, me contraje el día 26 a leer muchas veces, a meditar y examinar punto por punto el oficio reservado de V. E., de 14 del propio mes, según lo anuncié en mi confidencial de aquella fecha, porque en medio de las celosas advertencias con que V. E. creyó dejar a cubierto de todo riesgo mi inmediata responsabilidad, observé desde su primera lectura que ni mi ejército, ni yo, ni la Nobleza que me rodea, que ni el Rey, el Perú y la Patria podemos prometernos la seguridad que calcula V. E. sobre las únicas bases de despreciar al enemigo en el concepto de su impotencia,

cuando estas esperanzas no tienen otro principio que el no haber obrado ofensivamente al Ejército de Belgrano contra el nuestro en su retirada del Tucumán, y el suponer que las Tropas de Buenos Aires deben hallarse otra vez a esa hora cuidando de su defensa en la banda oriental del Río de la Plata contra el Ejército Portugués, del que sabía por noticias particulares, regresaba a los puntos que antes había tenido ocupados.

“V. E. arranca sus conjeturas desde el remoto origen de la revolución de Buenos Aires, persuadiéndose que la pérdida del Alto Perú provino únicamente del manejo mal entendido del Presidente Nieto, y de la adhesión de estos Pueblos al perverso sistema del Río de la Plata, añadiéndome que habiendo conseguido domar en los campos de Guaqui el orgullo del numerosísimo ejército que se disolvió enteramente en aquella batalla, y no podía reemplazarse jamás, tampoco queda qué recelar de que nada en lo natural pueda suceder que deba darme cuidado, y concluye V. E. que el terreno adquirido no debe perderse, sino defenderlo palmo a palmo de cuya triste necesidad también dice V. E. que estamos muy distantes. Como yo debo ajustar mis planes de ofensa y defensa a las proporciones de mis recursos, y al propio tiempo medir mi seguridad, precisamente por mi fuerza, sería una necia imprudencia prometerme felicidades contando solamente con lo que le falta al enemigo, sin aparejarme de todo lo que necesito por mi parte para que en el caso de una imprevista vicisitud no me acuse la razón de lo que me quitase la desgracia. Ya es indispensable a mi propio honor y al interés general del Reino, que V. E. se sirva dar más tiempo, a las consideraciones de nuestra crítica situación y a las reflexiones poderosísimas que paso a proponer de nuevo en detalle a fin de que no se comprometan a resultas más sensibles, ni la autoridad de V. E. por lo que hubiese mandado, fuera del alcance de las circunstancias, ni tampoco mi obediencia, por lo que llegase a ejecutar contra lo mismo que debe precaver y representar con esfuerzo un General magnánimo, pero cercado de peligros. Desde que el Pueblo de Buenos Aires depuso a su Virrey el Marqués de Sobre-Monte, sin desagrado de la Corte, y poco después proyectó ejecutar lo mismo con su sucesor D. Santiago Liniers, por común conocimiento, aunque secreto, de las Provincias del Perú, empezó a fermentar por todas partes el espíritu de libertad, y de independencia con tal vigor, que sólo esperaban, genios capaces de dirigirlos para hacer brillar los prodigios del atrevimiento. Siguió este ejemplo, primero que nadie,

la Ciudad de la Plata, por mayo de 809 y La Paz en julio del mismo año, con tan acalorado entusiasmo que ni los castigos, ni la deficiencia de recursos para poder sostener tales delirios, bastó a contener los ímpetus del fanatismo.

“Al año siguiente de 1810 reventó el volcán que sólo había humeado en Buenos Aires hasta entonces, con la desgracia de que los Gobernadores del Perú, despreciando las proclamas y amenazas de los Porteños, ni creyeron que fuesen capaces de aparejar ninguna expedición agresora, ni cuidaron de oponer en tiempo remedios oportunos para contener las irrupciones, y reprimir la audacia, y la propensión de los pueblos a favor de aquel sistema.

“Cuando se acercaron las tropas revolucionarias auxiliadas de los incautos Tucumanos, la sorpresa se apoderó de todos los jefes, sin esperanza ya de recurso alguno de parte de sus provincias, porque manifestaron bien presto por sus juntas secretas, y por sus conversaciones que estaban muy distantes de oponerse a unas fuerzas que simulaban no poder resistir sin exponer sus vidas a inútiles sacrificios. Bajo de estas disposiciones fue derrotado en Suipacha, a siete de noviembre del referido año de 810, un pequeño batallón de ochocientos hombres mal disciplinados y peor dirigidos, que salieron indiscretamente de las trincheras de Santiago de Cotagaita, para buscar al enemigo en su retirada, contra el dictamen del Presidente Nieto, que no pudo prevalecer con toda su autoridad al complot que los oficiales marinos formaron para esta ruinosa empresa.

“Bastó la noticia para que no quedase en la estacada ni un soldado de los de Cinti y otros partidos que servían en Caballería, sobrecogidos de un terror tan irreparable, que el Presidente tuvo a bien de ordenar que cada uno escapase como pudiera, conociendo que sin su orden o contra sus órdenes, al cabo harían eso mismo, y por complacer a los Porteños, entregarían también su persona, por alguna maliciosa, o cobarde capitulación, que de facto intentaron los mismos marinos.

“En medio de este fatal aturdimiento, fugó el Presidente, sin rumbo ni resguardo. En Potosí apresaron al Gobernador; el pueblo sin armas y un Cabildo sin carácter desarmó ciento cincuenta hombres de fusil, arrojándolos de la Villa, y al día siguiente practicó lo propio con cuatrocientos hombres del Cuzco que entraron de retirada en partidas sueltas, con su Comandante Basagoitia, sin que nadie hubiese podido reanimar aquellas intimidadas tropas, para una reacción militar, en ningún punto de estas provincias, y cada uno

escapó por donde buenamente pudo, dejando todo el campo a discreción del enemigo.

“Ni jamás se podrá evitar este desorden en América, en otras iguales desgracias, porque los grandes despoblados no permiten poderse apoyar en las poblaciones, como se proporciona en la Europa, y los caminos son muy largos, escabrosos, y desamparados de víveres y todo otro recurso, para poder avanzar en reunión, a marchas redobladas, unas jornadas tan distantes, donde los más quedarían descarriados por el cansancio; y si quisiesen caminar pausadamente, no podrían llegar a sus destinos, por falta de alimentos y bagajes, expuestos a perecer todos entre las mayores ignominias. Ya hemos visto este resultado al pie de la letra con los Porteños derrotados en Guaquí, y siempre sucederá lo mismo, en cualesquiera otras derrotas, especialmente mientras durase la guerra civil, porque los mismos pueblos del tránsito serán los más crueles enemigos que destrozarán a las tropas fugitivas, como lo hicieron con Castelli en Oruro, y otras partes a pesar del aplauso con que los recibieron.

“Nuestra gloriosa retirada del Tucumán, será tal vez la excepción única de esta regla, pero fue porque influyeron para ello otras causas muy extraordinarias. Por una parte mandaba las tropas un jefe experto, amable, constante y de talentos para conducir las obedeciendo sin violencia. Por otra parte los soldados peruanos pisaban un país montuoso, desconocido, y por todos términos horrible, que los obligó a procurar morir primero, marchando entre sus camaradas, para no verse arrastrados por los campos a la cincha de los caballos, o servir de pasto para las fieras, siempre que se quedasen entre aquellos bosques. Al mismo tiempo sabían que caminando unidos noventa leguas, iban a tomar seguro asilo en las dos ciudades de Salta y Jujuy, que ya estaban reconciliadas con las armas del Rey, con tropas de refuerzo, municiones y caudales que yo anticipé al cargo de buenos comandantes con previsión de que éstos sean los únicos medios de poder salvar las consecuencias de cualquiera funesta vicisitud, sin que pueda dársele este nombre a la acción del Tucumán, por defecto del Jefe Tristán, cuyos esmeros y arreglo debieron producir la ocupación actual de aquella Plaza; y si esta jornada no produjo los resultados que nos prometimos, atribúyalo V. E. sin vacilar a la falta de Jefes de División, cuya memoria en los que asistieron a ella con voluntad, y sin conocimientos, ha hecho que sigile su insuficiencia, y agradezca sus servicios, pues unos fueron muertos, y otros prisioneros.

“Esta marcha bien ordenada fue la que acobardó al enemigo, para no intentar algún ataque, pero no faltaron tiroteos por parte de las guerrillas, que marchaban a distancia en puntos de observación para aprovecharse de cualquier descuido con los equipajes y bagajes, o de alguna dispersión en las compañías de nuestro Ejército. Muy raros son estos sucesos en la guerra, para que no esperemos que se repitan los mismos ejemplos cuando las Historias de las Naciones, apenas nos cuentan la retirada célebre de los diez mil griegos desde la Provincia de Babilonia, la del Conde de Gages y la del valiente Moreau.

“Pongámonos ahora en el caso posible de que los Anglo-Americanos, surtan a los Porteños con quince o veinte mil fusiles, y armando con ellos a los bárbaros campesinos del Tucumán, Córdoba y Cuyo, convidasen también a los robustos chilenos con la promesa de un saqueo general en el Perú, para acometer a Salta y Jujuy en un mismo tiempo, al efecto de impedir el que puedan reunirse las fuerzas que están repartidas en las dos ciudades, empleando culebrinas y obuses, que no tenemos nosotros en baterías a donde no pueden alcanzar nuestros fuegos.

“¿Podrá asegurarse que no se rendirá ninguna de las dos ciudades, a la vista de un ejército más numeroso que el nuestro, todo armado de fusiles, artillería más gruesa, caballería más diestra y mejor montada, en la misma querencia de sus pastos nativos, mucho más si llegasen a creer, que aquellas eran tropas aguerridas de Buenos Aires, que venían arrojadas de su capital por la fuerza, resueltos a vencer o morir en Salta, para apoyar su Gobierno, en la ventajosa situación de las montañas del Perú?

“¿Podrá asegurarse tampoco que vencería nuestro ejército, saliendo a campaña con fuerzas inferiores a decidir la cuestión por una batalla, como yo salí del Desaguadero? ¿Y no sería más factible que al ver la superioridad de los enemigos prefiriesen hacer su defensa dentro de las mismas poblaciones, como ya lo propusieron en el mismo Desaguadero? ¿Si entonces fuese derrotado nuestro ejército o capitulase con el de Buenos Aires? ¿Cuales eran mis recursos, ni para sostener los puntos que estoy ocupando ni para replegarme en lo más interior del Perú?

“Por las razones que quedan propuestas debe reputarse poco menos que imposible, la reacción de un ejército que es derrotado en estos países. El enemigo victorioso, vendría persiguiendo por viva fuerza a todos los fugitivos, y batiría en detalle, muy fácilmente las

demás guarniciones menores, que forman al presente las líneas de división, en diferentes puntos, como cuerpos de reserva para la vanguardia y centro de mi ejército. Y cuando intentase y lograrse reasumirlas para salir al encuentro del enemigo, todas las ciudades que yo había dominado, se rebelarían en el acto dejándome entre dos fuegos.

“¿En unos tales apuros se podría imaginar en sano juicio que después de perdidas las dos terceras partes del ejército, tuviesen todavía valor, los restos que están subdivididos para reunirse a hacer una resistencia tan heroica, como la de aquellos trescientos griegos en las Termópilas de Thesalia? No Señor Excmo. Seguramente sería todo perdido; cada uno buscaría sendas para su escape, perdiendo a leguas el terreno que hemos ganano palmo a palmo; y verificada una desertión irremediable, cuando yo con la Nobleza y jefes que me rodean, pudiera ponerme en salvo por lo pronto, sería infalible nuestra ruina a manos de los mismos pueblos, que nos buscarían enfurecidos para devorarnos.

“Adiós Lima, el Collado y toda la Costa. No estaban todavía las cosas en este estado, en el tiempo que se acercó al Desaguadero el Ejército de Castelli, y sólo una esperanza posible bastó para que Tacna se sublevase, después Huánuco, con todos los demás conatos sediciosos de Moquegua, Arequipa y otros que sucesivamente se han ido experimentando, en esa misma fidelísima Capital. Esto no ha sido, no es, ni será porque los pueblos aman a los porteños, ni porque creen en sus fuerzas, ni porque están convencidos por sus exhortos. Es porque obran por los ímpetus de su propensión a la libertad, y este interés aunque secreto, pero general a todos los pueblos, los hace buscar la independencia por sistema, esperanzados de poder sacudir el yugo de todo Gobierno ultramarino, de modo que en la actual situación de los negocios, no forman partido con los porteños, sino consigo mismos.

“De balde se cree que Buenos Aires por tener de cuatro a cinco mil hombres de toda arma, empleados en el Uruguay, en Santa Fe y en la Capital (como dice V. E.) no puede hacer conscripciones de más tropas para el Perú, calculando equivocadamente que no son más que dos las Provincias unidas a su Gobierno y que su total población no llega a doscientas cincuenta mil almas. Este cómputo no está fundado en Aritmética política de la verdadera numeración de los habitantes de Buenos Aires, Córdoba, Salta y Cuyo. No quiero exponer generalidades en un punto tan importante, que conduce

a que miremos con respeto o con desprecio los recursos efectivos de aquellas provincias. Describiré a V. E. pueblo por pueblo, excluyendo a Jujuy, Salta, Orán y Tarija, que están de nuestra parte, para que se venga en conocimiento, que los refuerzos que he pedido serían pocos, y aun cuando igualasen a la fuerza actual de mi vanguardia, en comparación de los que puede reclutar Buenos Aires, si tuviera armamento para habilitar a todos.

“El Tucumán y su Partido tiene veinte y nueve mil quinientas setenta y cuatro almas; Catamarca veinte y siete mil trescientas ochenta y ocho; Santiago del Estero, veinte y cinco mil seiscientas setenta y siete; Córdoba cincuenta y un mil ochocientas, inclusive su campaña, con los fuertes de Saladillo, el Sauce, la Concepción, las Tunas, Santa Catalina; y el Tio-Cuyo cincuenta mil almas, con sus cinco poblaciones de Valle-fértil, Mocna, San Juan de la Frontera, San Luis de Loyola y Mendoza, La Rioja tres mil seiscientas cincuenta y una.

“En la Provincia que se llama de Buenos Aires cuando era mero Gobierno tiene V. E. treinta Pueblos Guaranís del Paraná y Uruguay con cien mil habitantes, que se encontraron al tiempo de la expatriación de los Jesuítas, que deben ser muchos más en el día. En la ciudad de Santa-Fe y Corrientes, Villa de Luján, y Curatos de San Isidro, la Matanza, Capilla de Merlo, el Pilar, Areco, Capilla del Sr. Santiago del Varadero, San Pedro del Rincón, San Gerónimo de Coronda, los Quilmes, la Ensenada del Barragán, el Rosario, San Nicolás, las Conchas, la bajada del Paraná, Melinque, el Pergamino y otros pagos, inclusive la capital con innumerables estancias muy pobladas, componen más de doscientas cincuenta mil almas, y sumadas juntas todas estas partidas, llegan al número respetable de 528,090 almas.

“Sujetándonos únicamente al cálculo muy restringido que forma el Conde de Campomanes para deducir tropas de cada mil uno, al intento de no dejar desproveído de manos útiles, ni la agricultura, comercio, establecimientos civiles, artes, ni el clero secular ni regular, se demuestra que Buenos Aires tiene sobradísima vecindad en todas sus provincias, para sacar a campaña de cinco hasta seis mil hombres más, y también de diez hasta quince mil en sus últimos apuros.

“En virtud del conocimiento que me asiste de todos estos poderosos recursos que tiene el enemigo, para aumentar nuestro peligro, solicité el más pronto reemplazo de los muertos, inválidos y

desertores que han disminuido cerca de una tercera parte al ejército que saqué del Desaguadero, y cuando no fuese posible el enviarme estos indispensables refuerzos, también anuncié a V. E. que destinase Plenipotenciarios de su entera confianza, si hallaba por conveniente entrar en conferencia con Belgrano, para evadir todo riesgo, mientras asomase otro aspecto más satisfactorio, por la parte de Montevideo, y en defecto de uno y otro, se sirviese relevarme de este penoso mando, como tantas veces lo tengo solicitado, para no ser testigo ni víctima inútil de alguna catástrofe, que se puede experimentar en lo ulterior, aunque por ahora no esté al alcance de nuestra previsión.

“V. E. se ha negado decisivamente a todo, diciendo en cuanto a lo primero, que no es posible enviar un solo soldado por faltarle los precisos para esa importante guarnición, y que se han circulado órdenes al Cuzco, Puno y Arequipa, para que recojan los desertores y los restituyan a este ejército con toda la demás fuerza que pudiese juntarse; añadiendo en otro oficio separado de 25 del mismo diciembre que el total de fuerza que remití con mi oficio de 19 de noviembre anterior, era suficiente a conservar la sumisión de estas provincias, y contener al despreciable supuesto ejército de Belgrano siempre que se observe la prevención de tener a estos pueblos despojados de todo género de armas y caballos, fortificar en cada uno un edificio capaz para trescientos o cuatrocientos hombres de guarnición, construir en Cobos una fortificación respetable para impedir invasiones contra Salta y Jujuy; registrar a todo transeúnte, para que no entren ni salgan con cartas, ni papeles sospechosos, y fijar un destacamento de cuatrocientos o quinientos hombres de caballería e infantería en el borde del Río del Pasaje, al mando de un jefe acreditado, para contener toda tentativa de irrupción y hacer correrías de relámpago sobre el país enemigo, para ahuyentarlos con alarmas.

“Ese superior Gobierno tiene su solio muy distante de los territorios extensivos, que puede cruzar el enemigo para incomodarnos, y por falta de mapas topográficos, se ha ocultado a sus conocimientos los que tengo yo por los conocedores del país, y en mucha parte por mi propia experiencia desde que estoy viviendo sobre el campo de operaciones. Como General de este Ejército hubiera remitido ya a la aprobación de V. E. mis planes ajustados a las indicadas prevenciones, pero no las encuentro practicables por las razones fundadísimas, que en la parte que le comprende me re-

presentó el Mayor General Tristán, en sus oficios instructivos de 20 de octubre y 7 de diciembre último, que tengo transmitido a V. E. con oficio de 18 del mismo diciembre, quedando por esta deficiencia en el mismo pie todas las dificultades, para no poder contar con ninguna seguridad estable, sin los indicados refuerzos.

“Este ejército es la barrera para Lima como lo fue el de Sierra Morena para la Andalucía, y cualquiera desgracia de por acá, sería trascendental y funestísima para esa Capital del Virreinato. Por lo mismo si ella se ve libre de todo contagio, en sí misma tiene su seguridad y defensa, sin necesidad de tan gruesa guarnición, que sería más provechosa en estos territorios, pero si ofrece cuidados, sobra para prueba de que ha llegado hasta ahí la influencia de los Porteños a efecto de que no debamos vivir satisfechos, sólo con hacer desprecio de sus tropas.

“Siendo pues de mi cargo guardar la suficiencia de mi fuerza actual, por comparación con los peligros, repito otra vez, que sin los refuerzos pedidos, jamás seré responsable de ninguna mala resulta, aun cuando vinieran los desertores (que no es de esperar) porque unos hombres tales a quienes el derecho público de todas las Naciones, y nuestras Ordenanzas y Leyes políticas, los reputan por ciudadanos pérfidos, cobardes y traidores a la Patria, por haber desamparado las banderas en tiempo de tranquilidad, son mucho más indignos de confianza en acciones de guerra, donde se debe temer justamente que en vez de atacar al enemigo, volverán las espaldas cobardemente aventurando las acciones más bien combinadas. Y por esto es, que lejos de poder ser útiles, más bien los considero perjudiciales, para no ser admitidos por su mal ejemplo, entre tropas de valor y de más noble carácter.

“Aunque en Cochabamba no sólo admitieron sin repugnancia, la prohibición de tener caballos, sino también la confesaron por muy justa en cambio de quedar con vida en goce de todas sus propiedades, pero en las demás provincias no conviene ni aun intentarlo, para no hacer odioso y cruel al Gobierno con una novedad, que sería bastante a promover un clamor y disgusto universal digno de nuevos y mayores cuidados.

“La Casa fuerte de cada pueblo debería componerse de baluartes para baterías, almacenes para víveres y pólvora, corrales para bestias, habitaciones para oficiales y otras cosas semejantes, que exigen el gasto exorbitante de más de treinta mil pesos a que no alcanza el Real Erario, cuando nos falta aún para el ejército. Moti-

vo grave que me obligó a suspender la fortificación de Santiago de Cotagaita, por dictamen del ingeniero D. Antonio María Alvarez Sotomayor, su fecha 2 y 4 de noviembre último, además de haberse considerado inoficiosa por quedar practicable otros varios cruces, distantes del tiro de cañón y aun de la vista de los centinelas. Lo cual milita también con los dichos edificios, además de la circunstancia que si han de salir fuera de ellos, para hacer su defensa activa, la tal fortificación sería inútil, y se han de acantonar adentro, sería más bien una red para su inexcusable presa sólo con sitiarlos y quitarles el agua por tres o cuatro días; no es menos lo que se rebajaría nuestra opinión, atribuyendo este resguardo militar a debilidad y a cobardía, sin contar con el gravísimo inconveniente de que habiendo de evacuarse por nuestras tropas aquellos pueblos, los malvados que quisiesen tumultuarse, hallarían un asilo seguro donde hacer resistencia al Gobierno, sobre lo cual nos ha dado testimonios auténticos de imitación Bonaparte, demoliendo todas las fortificaciones de las Plazas interiores de su imperio. Yo lo presencié con las de Flandes y últimamente en Viena, y cuando sus Generales en España han adoptado fortificar los conventos, V. E. sabe que ninguno de los refugiados en ellos, ha dejado de ser rendido en cuantas partes los han encontrado nuestros ejércitos, siendo bien reciente el ejemplo de Salamanca.

“Pero todavía es mucho más innecesaria la fortificación de Cobos, según los reparos del Mayor General Tristán, pues no cerrándose en ese punto las comunicaciones con Salta y Jujuy desde el Río del Pasaje, los enemigos harían las invasiones y las retiradas que quisiesen, por otros distintos caminos, por los que podrán igualmente impedir el repliegue del destacamento, cortándoles el paso en diez y seis leguas de distancia.

“Para aclarar estos conceptos demasiado concisos de Tristán, voy a explicar topográficamente la localidad del Río y sus distintos vados a todos rumbos, sin necesidad de tomar el paso carretero para que bajo de una demostración incontestable quede convencido de que el tal destacamento en lugar de poder guardar la quietud de nuestras guarniciones, mas bien puede servir de presa muy fácil para el enemigo, y de un motivo de grave disgusto contra la reputación de nuestras tropas.

“Desde luego si el Río del Pasaje no fuera practicable sino por un solo punto, donde se fijase el destacamento, sería muy útil el ocuparlo, aunque el temperamento fuese malo con la incomodidad

que se pinta de sus molestas sabandijas, porque habiendo de tener siempre al enemigo por frente, nunca hubiera peligro de sorpresa.

“El tal Río corre de Poniente al Oriente, tomando su origen de dos pequeños riachuelos, que nacen en Santa María y San Carlos, los cuales se reúnen a larga distancia, y forman por su confluencia el caudal del Pasaje, que después se incrementa con las aguas que le entran por la parte de Salta. Al Poniente del paso carretero, hay otro vado que llaman de Guachipas, por donde se puede pasar a caer sobre el carril de las Postas, para cortar la retirada al destacamento y esperarlo por llamadas falsas, en alguna emboscada donde escaparían muy pocos.

“Desde el paraje llamado Concha para acá del Rosario, y también desde Esteco hay otro camino, que viene al vado de Miraflores al este del paso principal, en distancia de seis leguas río abajo. Desde ese pueblecito sigue la reducción de Balbuena, los cancanas, las cañas, el Algarrobo, la Cuesta, el Sanjón y de aquí la Ciénaga, diez leguas a retaguardia del Río del Pasaje. Por este rodeo sin duda hay mayor distancia, pero todo es practicable con trabajo de cargas, por donde los enemigos pudieron atacar también a nuestro destacamento por sorpresa, cortándoles su repliegue así en Cobos como en Salta y Jujuy.

“En esta multitud de comunicaciones, por cruceros de caminos bastante cómodos, ya se deja percibir que es imposible hacer ese registro general de cartas que previene V. E. para con todos los pasajeros, siendo como es casi inevitable la internación de papeles al interior del Perú por caminos extraviados. Del Tucumán hay camino real hasta Casabindo, y a toda la carrera del despoblado, por donde andan las tropas de mulas, sin pasar el Río del Pasaje, ni entrar en Salta, ni dejarse sentir de nuestras principales guarniciones. Median once jornadas que componen sesenta leguas del Tucumán a Santa María; de allí a San Carlos treinta, y hasta Casabindo cincuenta, poco más o menos, descabezando aquellos dos pequeños riachuelos, que sirven de nacimiento al Río grande del Pasaje. De forma que según esta demostración topográfica, sólo Dios podrá embarazar la comunicación de los Porteños cuantas veces quieran internar sus papeles al Perú.

“Cuando V. E. me dice, en cuanto al segundo punto de mi oficio, que si tuviésemos la debilidad de entrar en conferencia con Belgrano, no encontraríamos en el mundo un rincón donde esconder nuestro oprobio, y la deshonra de nuestras familias; seguramen-

te no se tuvo presente que de mi parte se dio el primer ejemplo de decoro y de entereza, cuando en el Desaguadero repulsé directamente sin instrucciones de nadie, las discusiones políticas que Castelli solicitó entablar conmigo, a pretexto de hacer gran servicio a la Patria, y entonces mismo yo fui también el primero que le negué el tratamiento indebido de Excelencia que le tributaban los pueblos y las superioridades.

“Por instinto y por sistema han estado siempre en diametral oposición mis sentimientos naturales, con el fanatismo de Buenos Aires, y jamás me han acomodado ni sus planes de Gobierno, ni sus medidas mal combinadas, sobre la libertad que tanto han decantado, para hacer felices a los americanos. Ni Belgrano que conoce muy bien mi carácter, nunca podía persuadirse de que fuese capaz de sorprenderme, para la adopción de sus principios, por ningún género de maniobras.

“Despreciando yo las bases de su proyecto, anuncié a V. E. de que se podía conferenciar con él, no sobre las causas de la revolución, ni sobre la forma del Gobierno, ni sobre otras negociaciones que pudiesen tener aspecto de consideración indecorosas, a la dignidad de nuestra Constitución, sino únicamente para convenir, o bien sobre un armisticio, como ya lo hizo el Mariscal de Campo Elio, con ventajosos resultados para su fortuna, o sobre comunicaciones de comercio según las tiene Chile con sus frutos, o sobre otros partidos que arbitrase la sabiduría de ese Superior Gobierno, conforme con el derecho de gentes, mientras Montevideo, España o los portugueses, nos diesen ejemplos de imitación para la guía de nuestra conducta.

“No descubro motivo alguno de ignominia en este paso que parece que es muy propio de una política sutil; pero no habiéndose adoptado por V. E. ni aun con el conflicto de no poder suministrar los recursos que tantas veces he solicitado, me basta representar los inconvenientes, para quedar libre de toda responsabilidad en cualesquiera sucesos que pudieran sobrevenir, al nivel de mis oportunas reclamaciones: reproduciendo a V. E. mis anteriores protestas, y mis más eficaces anhelos por mi tan solicitado retiro, para que otro jefe acaso más feliz, y menos desconfiado de los caprichos de la fortuna, entre desde luego a tomar papel en este triste teatro, que para mí sólo ha sido un golfo de amarguísimas angustias, como las que que he consagrado a la salvación de mi Patria.- Dios guarde a V. E. muchos años.- Cuartel General de Potosí.- Enero 31 de

1813.- Excmo. Señor.- José Manuel de Goyeneche.- Excmo. Señor Marqués de la Concordia, Virrey del Perú”.

No se hallará en esta pieza demostración y convencimiento que ha irritado tanto al Virrey esa calificación con que la pinta a V.M.: es el proceso de su inacción, de lo mal fundado de sus órdenes, de su ninguna inteligencia al dictarlas al paso que de mi parte comprueban que conocía el terreno, que medía los recursos y anticipaba los cálculos, para los eventos desgraciados, hasta el caso de que obligado el Virrey de la funesta realización de mis vaticinios diga forzado de la razón *a la verdad se han verificado en parte: no por el orden que concebía*: no propuse otro orden sino el de contrarrestar un triunfo del enemigo, con un cuerpo de reserva que hubo tiempo para suministrarlo. Mis demostraciones exactamente delineadas no tenían otro fin que el de hacerle ver que el enemigo con quien luchábamos no era de la impotencia que suponía, que tenía recursos y firmeza, y que con anticipación dictaba el cálculo de un General de meditación aparejarse de los necesarios medios de contrarrestarlo o aniquilarlo sobre victorioso o vencido. No hay duda que la contestación que con el No. 15 acompaño a V.M. y cita el Virrey haberme dirigido, la dio pero es muy del caso saber que la incluyó con la orden de que entregase el mando, pues en un mismo pliego vinieron ambas; he hecho mención de ella y también que su respuesta la retengo, por si conviniese su exhibición al conocimiento de V.M.

“Afirma que aun cuando estuviese en posición de darme los socorros pedidos era imposible que hubiesen llegado antes del suceso de Salta”.

En diez de marzo de 1812 le insinué esta indispensable medida; hasta febrero en que acaeció la batalla de Salta mediaron más de 11 meses, tiempo triplicado para que yo fuese reforzado. En 28 de octubre del mismo año no sólo oficié, sino que encargué a mi Ayudante Don José Povil, la sería comisión de conferenciar con el Virrey sobre el mismo urgente asunto, y por la anterior exposición y documentos que la corroboran nada se obtuvo del Virrey, mediando igualmente desde la llegada a Lima del citado mi Ayudante más de tres meses. Nadie ignora que una expedición marítima que del Puerto del Callao sale para el de Arica aunque sea en buques morosos vence su viaje de treinta a cuarenta días; aquel puerto dista de Oruro 80 leguas que cualesquiera tropa las viaja en doce y quince días a pie y con el auxilio de mulas en mucho menos; coté-

jese el tiempo que yo le di al Marqués de la Concordia, con el de cincuenta días lo más, que necesitaban los refuerzos para llegar a mis órdenes, y se hallará en déficit inequívocabable de su simulación, que seguramente no tiene otra disculpa para estamparla que la ignorancia en que supondría a V. M. de las distancias y medida de esta lejana parte de sus dominios, pues bajo la sombra de este mismo artificio es costumbre anticuada en los empleados de América hacer ver al Monarca lo que juzgan adaptable a sus ideas, prevalidos de que no hay antejo político que se pare en estas pequeñeces que son las que hoy aclaran la desbaratada acusación del Virrey, que empapado entre el despecho y odio, no se le previno que llegaría día en que avisado mi honor de sus amaños, había de desmenuzar no sólo las cláusulas sino las palabras, para satisfacer a V. M. que es todo el interés a que aspiro.

Asegura a V. M. afirmativamente haber ordenado que Tristán fuese separado después del suceso del Tucumán por la impericia que ahora le atribuye y no en el tiempo que cita; la prueba de ello es que después de aquella retirada lo condecoró con el grado de Brigadier y le pasó un oficio honrosísimo satisfecho de su conducta militar, y no existe otra orden acerca de su remoción que la del oficio de 7 de enero de 1813, No. 6, cuyas literales palabras, son las siguientes:

“Creo que los Brigadieres Ramírez y Picoaga sería conveniente que pasasen al punto amenazado en caso que las muchas ocupaciones de V. S. no le permitan, como lo supongo, dejar ese punto céntrico de nuestros cuidados”. Este modo de expresarse no es una orden terminante sino condicional para en todo tiempo que los resultados no correspondiesen cubrirse, con decir yo no mandé resueltamente la remoción, insinué lo que me parecía desde la distancia que podía ser acertado, pero el General del Ejército con presencia de los conocimientos de que yo carecía debió resolver. Si en lugar de ser ambiguo, como lo manifiesta su citada orden, hubiese dicho categóricamente usando de su autoridad: disponga V. que se separe a Tristán y lo releve Ramírez o Picoaga, yo le hubiera dado puntualísimo cumplimiento, pero como éstas se hallaban sujetas a mi disposición, no hice novedad alguna, y satisface su orden en oficio del 1° de febrero No. 15, siendo ciertas las causales que expongo en aquél para no separar a Picoaga del interesante punto de Tupiza, pero las de Ramírez son simuladas por mi demasiada delicadeza en obsequio y honor de aquel jefe, cuya descripción for-

mal y exacta la dirigí al Virrey en papel separado reservado dentro de mi carta confidencial, en el mismo correo que pasé el oficio No. 15: no puedo desentenderme en esta ocasión de que tan interesante análisis deje de hacer parte de la ilustración de V. M. y así lo acompaño con el No. 43: describe los fundamentales motivos que me obligaron a no confiar aquel cargo a Ramírez que carece de conocimientos para mandar en jefe, como la práctica me lo había enseñado según menuda y detalladamente lo verá V. M. en ese papel retrato fiel de su verdadero carácter. No me acusó su recibo el Virrey pero de su mano salió para que a Ramírez se le enviase copia literal del asunto tan sagrado con el fin de hacerme odioso y que interrumpiese aquel jefe sus relaciones amistosas como ha sucedido y admire V. M. la mala fe del Marqués de la Concordia en su calumnioso oficio de 14 de abril, que teniendo en su poder esta auténtica pieza de verdad y exactitud, no satisface con ella a V. M. y ocultando a su soberano conocimiento las causales legítimas que yo había depositado en sus manos y retenía dice "tenía separados a Ramírez y Picoaga por una rivalidad que no alcanzo": es esto proceder con justificación, imparcialidad y verdad cuando trataba de ilustrar a V. M.? Se atropellan las capciosidades, cada cláusula es un escollo de falsedades, y sólo se encuentra luz en cuanto hace relación, al intento de hacerse memorable con V. M., pero su edificio le faltan bases, y así no sólo vienen a tierra los asertos del Virrey, sino la fe de su triste lenguaje.

Jamás hubo motivo, el menor, de rivalidad en los dos jefes que cita y yo; esta palabra la inventó el Marqués de la Concordia por no verse obligado a acompañar a su oficio las causales tan sencillas y obvias que lleno de buena fe había depositado en su poder desde febrero para convencerlo del conocimiento práctico que tenía de cada uno de mis subordinados. Lejos de manifestar rivalidad hacia Ramírez no he cesado un momento de favorecerlo: le dí el Gobierno Intendencia de La Paz, en que V. M. lo confirmó; lo propuse para Brigadier y obtuvo sus Reales Despachos; le conferí la Presidencia de Charcas interina, cuando provisionalmente fue preciso proveer este destino, y el Virrey lo aprobó; y desde la Ciudad de La Plata informé a V. M. para que le confiriese la Sub-Inspección del Perú vacante por promoción del General D. Toribio de Montes a Quito. Buen modo de rivalizar, apareciendo constante agente del engrandecimiento de D. Juan Ramírez.

Por lo que respecta a D. Francisco Picoaga, satisfago con docu-

mentos auténticos y originales No. 44, que lejos de corroborar el falso supuesto del Virrey, hacen justicia a mi comportamiento, pues la confesión ingenua de este distinguido jefe, sólo la hacen los hombres reconocidos y despreocupados que jamás olvidan el fundamental origen de su prosperidad, que ingenuamente me atribuye en la parte militar que ha desempeñado con tanta utilidad del servicio de V. M.

Hasta el día afecta el Marqués de la Concordia ignorar que no fue la pérdida de la vanguardia dimanada de falta de tropa cuando dice: *"Si hubiera reforzado aquel cuerpo con dos mil hombres de los que sobran de las guarniciones"*. Si él los hubiese apostado cuando yo los pedí, seguramente serían sobrantes para este u otros fines de mejor éxito, como tengo demostrado, del mismo modo que calificó que las guarniciones a que apela no era posible desmenbrarlas no sólo en ese número, ni aun en la mitad sin evacuar todas las provincias de retaguardia que sólo se sostenían por el respeto de la tropa, pues la de Cochabamba que por su mayor fuerza prestaba idea de alguna disminución, ve V. M. por el No. 42, la oposición que hace su Comandante Don Gerónimo Lombera; esta misma la vio el Virrey cuando con igual justificativo le di cuenta, pero su tácito consentimiento para conmigo, lo rompe con V. M. avisando de sus proyectos pero no de sus resultados, porque para su plan no le guiaba el verdadero espíritu de imparcialidad, sino un golpe de mano que previniese en mi contra.

El mal éxito de la vanguardia no provino de escasez de tropa de nuestra parte. Ojalá hubiese habido menos que ésa, más disponible habría quedado a mis órdenes para no ir a buscar refuerzos a retaguardia en lugar de haberlos tenido a mi vista, que era el fin con que los pedía al Virrey. Los enemigos fueron iguales a nosotros, y nuestras guerrillas estaban ya victoriosas sobre su campamento, cuando herido el Comandante del ala izquierda queda aquel flanco a cargo del inepto Marqués del Valle de Tojo, y de algún otro oficial infidente que induciendo a los soldados a la dispersión se ponen en vergonzosa fuga a buscar los atrincheramientos de Salta. El Jefe Tristán que ocupaba el centro, cree remediar este inesperado desorden corriendo en persona a atajarlo y, mientras toma esta resolución, hija del calor pero no del cálculo, el resto de su línea de centro y derecha, siguiendo el ejemplo de la izquierda, con más o menos desorden, desbaratan la formación, pierden la unión, se apodera el terror y la desconfianza y cada uno a su modo busca el

abrigo de las trincheras, de esa clase de fortificación, hija primogénita de la táctica del Virrey y seguro apoyo del miedo y del abatimiento como la experiencia lo ha acreditado. Cuando Tristán se ve sin el ala izquierda y que no se oían sus imprecaciones para volverla a formación, vuelve los ojos a la línea que había dejado en pie, y se encuentra sin ella, y su tropa en absoluta dispersión en pos de la Plaza; solo en el campo de batalla corre a la ciudad, y ya no halla ni fuerza ni vigor: las zanjás, las iglesias, las casas particulares eran el abrigo de nuestros envilecidos batallones y no pasaron de 100 hombres los que encontró disponibles en la Plaza Mayor; este cuadro verdadero y sucinto de aquella acción comprueba que no se perdió por falta de fuerzas, y que si más hubiese habido, más hubiéramos perdido; lo que prueba claramente, es que el Virrey no se ha impuesto de los partes y noticias que le pasé, pues si hubiese examinado su tenor, no vería remediados los males de Salta con aumentar nuestra pérdida, sino con decir a V. M. que el desorden, la falta de Jefes de División y un aturdimiento que cedió en cobardía, fueron las causales legítimas de aquella derrota. Síntomas todos que no es dado al hombre más sabio y penetrador el conocerlos con más anticipación que la del momento, en que la fuerza humana no alcanza a contener sus estragos y es forzoso quedar a discreción de las resultas. No es de extrañar que el Virrey siga su presupuesto de ocultación, él se realza, porque cede en abatimiento mío, que es el verdadero plan que se propone.

Nada hay más demostrado en esta memoria sino que las escasas órdenes que dio al tacto, fueron discutidas con examen, comunicadas donde convenía y expuestos sus inconvenientes, de cuya verdad habla el oficio del 31 de enero No. 11, inserto anteriormente. Sólo una ambición de aura militar y de cálculo inerrable, de que está bien distante el Marqués de la Concordia, pudo haberle sugerido la pifiática maestría con que liga el resultado feliz de la victoria de Salta al cumplimiento de sus órdenes, que supone despreciadas con altanería y petulancia. Hablen las piezas justificativas, que acompaño, véase en ellas la desnuda verdad, y sólo así se vendrá en conocimiento que la verdadera petulancia la desplegó el Virrey en concebir y dictar su oficio, obra inmortal de su capacidad y su descrédito.

La consulta oficial que establece el Virrey haberle yo pasado a D. Juan Ramírez pidiéndole dictamen sobre el partido que debería tomar en aquellas circunstancias, y que dice el Virrey acompañarla

con el No. 16, no puede menos de ser un falso documento pues jamás entró en mis combinaciones dar este paso oficial bien distante de los talentos de Ramírez, a quien conocía tan perfectamente cual lo indica el documento No. 43; podía suceder que en nuestra confidencial correspondencia le hablase sobre la situación de aquel tiempo y por hacerle un honor de corte le insinuaría desearía me dijese su sentir, pero de oficio jamás lo he ejecutado, por no ser don, dado a Ramírez, el del consejo y previsión. Esa misma generalidad, que dice el Virrey, con que opinó aquel jefe de pasar con toda la fuerza a defender a Salta es un absurdo que más parece proposición de un corrillo de noticieros que dictamen militar. Es preciso ver la fecha en que se supone esta falsa consulta y que se me acredite con firma mía en papel de oficio que yo la he dirigido; además, el ir con toda la fuerza, era evacuar todas las Plazas y Provincias decididamente infidentes, cuya obediencia y sometimiento provenía de su respeto. ¿Y quién que tenga conocimientos del arte de la guerra adelanta sus conquistas dejando sus espaldas en poder de enemigos? Yo no tenía ningún cuerpo de reserva disponible, que no se hallase empleado en objetos que aseguraban la tranquilidad y seguridad de los pueblos. Salta en aquel tiempo tenía los cuatro mil hombres, con diferencia de doscientos, que eran los que solicitaba el comandante Tristán. La estación de lluvias y lo crecido de los ríos, alejaba según todos los informes la proximidad de una batalla. Nuestro preponderante estado, según se ve en la pieza justificativa No. 16, nada prometía más que un éxito feliz. Luego, ¿con qué fin abandonar todas las provincias al incendio de una nueva rebelión que no ardía sino en fuerza del respeto de las guarniciones que la sujetaban? Cuando mi situación lo determinó de resultados de la pérdida de la vanguardia fue preciso evacuar a Charcas, Potosí y Cochabamba para la organización del nuevo ejército, que antes de cuarenta días arreglé en Oruro. ¿Y en el momento que aquellas ciudades y sus vastos partidos se vieron libres de las tropas de V. M., no se sublevaron en el acto contra el sistema del Rey, hasta el caso de quemarme en estatua en Charcas y confiscarme los efectos preciosos de mi decoro que aún había de mi propiedad en aquel punto? Vea V. M. el sagrado depósito de que respondían las guarniciones: nada menos que de la sujeción a la Monarquía Española, de la seguridad pública y de la conservación del orden. Si antes de tiempo y sin necesidad urgente me hubiese visto lejano del centro de mis recursos y con mi retirada cortada envuelta en este caos, ¿cuál hubiera

sido la suerte del ejército de mi mando? Si Ramírez opinaba de este modo, sin ser el momento de abrazar tan despechado partido, que lo puse en ejecución, cuando la necesidad lo reclamó, por el inesperado suceso de la vanguardia, únase su dictamen a la crónica de sus cálculos militares, que yo no desisto del mío, de jamás émprender ni adelantar conquistas, sin dejar apoyadas y sostenidas mis espaldas. Yo hacía la guerra como General, y no como aventurero ni partidario: primero calculaba el modo de reponerme en la caprichosa fortuna de la guerra que el conseguir el triunfo. Jamás General alguno ha dejado de desairar la desgracia con planes de esta naturaleza, y por lo menos el que así obra hace a menos infelices, y su reputación conserva síntomas de aptitud. Finalmente, sostengo que no existe semejante oficial consulta, que la práctica militar de Ramírez no alcanza a estas combinaciones, y que mal podía yo confiarle el arduo empeño de adaptar sus planes cuando de antemano tenía por escrito delineado ápice por ápice el concepto que clasifica la citada pieza justificativa adjunta No. 43.

Prosigue y concluye el Virrey con la verdaderamente costosa cláusula a su reputación y verdad que dice “de la violenta evacuación de Potosí dejándose como sesenta mil pesos en las Cajas Reales y volando mucha parte de las municiones para esperar en Oruro respuesta del humillante oficio que pasó al infiel Belgrano, como aquel punto, no ofrece ninguna ventaja para sostenerse infiero que continúe la retirada hasta el Desaguadero”.

Ciertamente que compadecida mi suerte tan indecorosa como calumniosamente ultrajada, por el artificioso orgullo del Virrey quiso que su libelo se cerrase con el mal forjado testimonio de haber dejado sesenta mil pesos en las Cajas Nacionales de Potosí. Los que quedaron en ellas fueron doce pesos según aparece del certificado original No. 45 del Ministro contador de ellas D. José María Sánchez Chaves que copiado a la letra dice “Certifico que habiéndose decretado por el General en Jefe del Ejército del Alto Perú, D. José Manuel de Goyeneche, la recolección de todos los fondos públicos existentes en las oficinas de dicha Villa al tiempo de evacuarla con el ejército de su mando, no había numerario alguno en la de mi cargo y si únicamente la escasa cantidad de doce pesos en plata sencilla, luida y macuquina estando en este estado desde algunos días antes, sin entrada alguna y teniendo que pedir suplementos a las del Real Banco y Casa de Moneda para sus más urgentes atenciones como consta de los mismos libros: y para que conste doy la

presente de orden de dicho Señor General en Oruro a 7 de mayo de 1813 - José María Sánchez Chaves". Sigue legalización de escribanos de ser este tal empleado.

¿Y será posible que el superficial Virrey cerrase su acusación con un supuesto tan descarnado y falso? ¿Cómo inventó este artificioso cargo y no declaró a V.M. el haber reunido en Oruro trescientos setenta mil duros únicos fondos de la Casa de Moneda, y ochenta mil que caminaban de buena cuenta para la vanguardia, les llegó a tiempo la orden de retrocederlos? Pues parte de estos caudales conducidos por mí en pasta y labrados que sólo les faltaba el cuño se los pasé para su amonedación a Lima, y enviando algunos al ejército, se quedó con otros considerables para subvenir a las obligaciones de su Capital. Esta demostración, entre un supuesto falso, y un hecho recomendable que oculta su malicia, ¿qué merece? Júzguelo la justicia de V.M. y reciba entre el incontestable número de pruebas que multiplican mi vindicación ésta que sola basta para rebajar el concepto del Virrey Marqués de la Concordia.

Las municiones que se quemaron en Potosí por falta de bagajes para conducir las no excedieron de sesenta cajones, de a tres en carga, y nueve barriles cuyo despreciable repuesto en la necesidad de dejarlo por no poderlo extraer, y porque su poco valor, daba la preferencia al dinero, exigía volverlo a la nada, primero que dejar el menor desperdicio en obsequio del enemigo. Este frecuente y trillado caso que diariamente se ofrece en la historia militar en casos prósperos y adversos, y que jamás ha sido cargo a General alguno, porque las circunstancias son las que reglan sus operaciones, ligadas a la salvación del ejército que se le confía sin sujeción a la codicia de cargar con lo que no se puede, es un crimen sobre que inculca el Virrey sin recordar que después que di la batalla de Guaqui interné al Desaguadero seiscientas mulas de Parque de los enemigos. Pero ya es en vano aclarar con tanta menudencia cada cargo, conociendo que el plan que se propuso fue inventar unos, aumentar otros, y darles a todos la única fuerza con que cuenta que es decir: *lo creerán porque el Virrey lo informa*. Y yo añado, se aclarará el informe, y el Rey me dispensará la honra de declarar lo justo, en obsequio al decidido valor y entusiasmo con que he cumplido con mis obligaciones.

Yo no fui a Oruro a esperar la respuesta de Belgrano. Fui a reunir ejército, para contrarrestarlo y no salí de allí sin haberle antes declarado la guerra, invitándolo hostilmente a que se acerca-

se: esta aptitud no la tuve en Potosí, y así fue preciso usar del artificio de proposiciones pacíficas para dar tiempo a la reunión que nos puso en posibilidad de derrotarlo como ha sucedido.

Establece que el punto de Oruro no ofrece ninguna ventaja para sostenerse, de lo que infería continuase hasta el Desaguadero; con razón debo preguntar al Virrey ¿dónde está ese mapa célebre, reciente, rectificado por otros más modernos que cita en su oficio de 14 de abril, y la ilustración que dice haber tomado cuando vino desde Buenos Aires? Si hubiese acudido al estudio de aquél y memoria fresca que conserva, no diría que Oruro no ofrece ninguna ventaja. Sin contradicción puede asegurarse que es el punto militar de las Provincias del Alto Perú que enfrena sin remedio a todas ellas: su situación es una base con llanuras que forman horizonte, de piso salitroso, duro, donde pueden maniobrar cien mil hombres, abunda de cebada y carne productos territoriales de su comercio. A su frente, en distancia de sesenta y dos leguas, tiene a Potosí; a su izquierda, a treinta, a Cochabamba y sus valles que lo inundan de harinas y frutas; a su derecha, a ochenta leguas, la costa del Mar Pacífico con un despoblado sin habitantes cuyo desamparo es su defensa; y a su retaguardia, a cincuenta leguas, la ciudad de La Paz y su abundante Provincia. En este centro se halla Oruro, a manera de un punto que sujeta a todos y que se hace temible porque cada uno de sus radios no se mira seguro mientras aquél tenga fuerza para hostilizarlos. Allí concurren de todas estas provincias como a un mercado a la codicia de cambiar sus frutos por dinero aunque les impongan severas leyes para lo contrario. Este sin igual lugar fue el que yo escogí como el más imponente para tenerlos en respeto y formar mi ejército; no hubo tiempo de hacer almacenes y con todo la abundancia era nuestra inseparable compañera; la Caballería tenía forrajes, y terreno acomodado para con las demás armas maniobrar en grande; alojamientos techados para la tropa, en fin baste decir que en posición Oruro es para las cuatro Provincias del Alto Perú, dependiente del Virreinato de Buenos Aires, lo que Mantua para la Italia, y no obstante estas decididas ventajas que nadie las ignora, ni aun los Indios, el Virrey con su recomendable mapa, con haber transitado por allí, y con la sabiduría que constantemente establece revestidas sus órdenes, afirma que *Oruro no ofrece ninguna ventaja para sostenerse*. ¿Qué diremos de esto? Es forzoso correr un velo al cúmulo de cargos juiciosos que se me multiplican persuadido que la alta sabiduría de V.M. hará uno solo, que por visible no lo inició,

pues así lo exige la irreparable contradicción en que queda el Virrey.

Hasta aquí sólo me he contraído a contestar el parte de 14 de abril de 1813, fraguado por la injusta conducta del Virrey Marqués de la Concordia, aprovechando del único lejano momento que le presentó la suerte para atentar a la destrucción del concepto que V. M. había formado de mis servicios, y como la demostración que antecede, unida al comprobante de las piezas justificativas nada dejan que desear en orden a la falsificación, de los supuestos que establece el Virrey, es conveniente que V. M. vea comprobado el carácter de su notable inconsecuencia por los mismos informes que ha elevado a su Real Animo en confesión ingenua de mis servicios, y de que ha prescindido, intentando destruir en una sola fecha los incontestables documentos que existen en la Secretaría del Despacho Universal de la Guerra y son los siguientes. El Virrey de Lima en carta No. 327 de 13 de enero de 1810 acompañó ocho copias de otros tantos partes remitidos por el Ministerio de Estado dando cuenta de las turbaciones de Chuquisaca y La Paz; en el señalado con el No. 33 su fecha 30 de octubre de 1809 dice el Virrey había mandado organizar un Ejército de cuatro mil quinientos hombres a mis órdenes con todos los útiles necesarios para su completo y buen desempeño; en el 34 de 15 de noviembre de dicho año dice el propio Virrey remitía con los números 1o., 2o. y 5o. los oficios dirigidos por mí como jefe destinado a la sujeción y pacificación de La Paz y su provincia y a la victoria conseguida sobre aquellos insurgentes, y elogió el Virrey el tino, prudencia y energía con que me había manejado, dando pruebas de talento militar y espíritu para desempeñar cualesquiera cargo que se pusiese a mi cuidado, que son todas sus literales expresiones, con la advertencia que aunque cita incluir las copias de mis oficios no lo hizo. Si fue olvido, es reparable dirigiéndose al Ministerio, y si no lo fue, fácil es atinar con la causa.

En el No. 41 de 15 de diciembre de dicho año dijo el Virrey que la sublevación de La Paz se había disipado absolutamente, quedando exterminadas del todo las tropas de los insurgentes, tomadas sus armas y artillería; arrestada la mayor parte de sus caudillos y restituidas las Autoridades a sus destinos, y los fieles habitantes a sus hogares, como resultaba de la copia del parte dado por mí. En 16 de agosto del referido año de 1810 le contestó V. M. quedar enterado de todo.

En carta No. 520 de 18 de julio de 1811, dijo el Virrey a

V. M., que habiéndose debido principalmente la victoria de Guaqui y Machaca sobre los insurgentes, a la actividad, prudencia y tino de mi manejo me había anticipado la graduación de Mariscal de Campo, condescendiendo con los deseos que le significaron los jefes de los cuerpos del Ejército y el público y tribunales de Lima. En 19 de marzo de 1812 le contestó S. A. el Consejo de Regencia quedaba enterado.

En otra del mismo Virrey No. 546 su fecha 23 de setiembre de 1811 dio parte de la victoria conseguida el 13 de agosto anterior en el paraje llamado Sipesipe por el ejército de mi mando, y de la reducción de la ciudad y provincia de Cochabamba a la obediencia legítima.- En otra No. 554 de 8 de noviembre siguiente continúa el propio Virrey dando cuenta de las posteriores operaciones del ejército de mi mando resultando hallarse ya sometidas a la obediencia legítima todas las provincias del Perú.- En otra, No. 555 de 23 del mismo mes, incluye el Virrey la solicitud del Cabildo de Cochabamba reducida a suplicar que en atención a la constancia, actividad, entereza, disciplina y recomendables servicios de Goyeneche se erigiese una Capitanía General independiente como la de Chile compuesta de las cuatro provincias del Alto Perú y se confiriese al referido Goyeneche, con lo que quedaría afianzada la seguridad de todos aquellos dominios, habiendo acordado el mismo Ayuntamiento al propio tiempo en Acta de 21 del referido agosto que el nombramiento de dicha Capitanía General, fuese perpetuo con el grado de Teniente General y Señorío de Sipesipe.- El Virrey decía en su citada carta que, aunque Goyeneche era una persona de mérito y de aptitudes para cualesquiera mando que se le encargase de que había dado las más relevantes pruebas, no convenía que la expresada Capitanía General se hiciese independiente, por razones que el Cabildo de Cochabamba no tenía obligación de saber. En 26 de octubre de 1812 le contestó S. A. el Consejo de Regencia quedar enterado de todo. En 21 de enero de 1812 se dijo al Virrey que S. A. el Consejo de Regencia quedaba enterado con toda satisfacción por su carta No. 527 de 4 de Setiembre último, en que avisaba las últimas operaciones y situación del Cuerpo de Tropas del mando de Goyeneche, de tan felices resultados, queriendo que por ello se diesen las gracias al referido General, Jefes, Oficiales y tropa de su mando.

El Virrey en carta No. 645 de 23 de julio anterior incluyó dos Gacetas que contenían los partes de las últimas operaciones del

ejército del General Goyeneche que han disipado los grupos de insurgentes que infestaban los caminos de las inmediaciones de La Paz, Chuquisaca y Cochabamba, habiendo entrado en la Capital de la última y dejado ordenadas las cosas de tal modo que no era de esperar volvieran a sus depravadas miras.

Todos estos documentos con sus números, fechas y método puntualizado con que los cito, se hallan en la Secretaría del Despacho de la Guerra, con los encarecidos elogios de mi desempeño, que aumentaría a un volumen de biblioteca si agregase los que existen en mi poder de su firma elogiando mi manejo, pero como el mismo Virrey confiesa que cuanto me decía era para contemplarme, es forzoso que yo no acompañe unos documentos que aunque oficiales y de consiguiente fehacientes, tienen el carácter de contemplativos, pero sí deben aparecer aquellos en que este idioma no podía tener lugar, como debe ser con los partes elevados al Ministerio para ilustración de V. M.; entre ellos, es memorable el de 17 de enero de 1811 que en copia rubricada con el No. 46 dice mucho, y no puedo pasar sin citar una de sus cláusulas en que hablando de mí dice lo siguiente:

“Este ilustre americano que con tanto honor desempeñó su delicada e importante comisión encargada por la primera Junta de Sevilla, que ha dado en su Gobierno pruebas de rectitud y sagacidad, y que después de haber extinguido las primeras conmociones de La Paz y Chuquisaca, se halla actualmente al frente de las armas destinadas a contener los insurgentes del Río de la Plata”.

Posterior a este informe aumenté dos años y medio más de batallas ganadas, provincias conquistadas, trabajos inmensos que arruinaron mi salud, informes de ciudades, concepto de V. M. hasta en Real Orden de 11 de agosto de 1811 comunicada al Virrey de Lima por el Secretario de Gracia y Justicia D. Antonio Cano Manuel en que hablando de mí dice *que el Gobierno tenía depositada su confianza por la heroica fidelidad con que correspondía a ella*. Todo, todo combinaba a sostener el edificio de mi concepto apoyado sin intervalo por el Virrey, quien faltando al sagrado deber de la verdad, exactitud y consecuencia en una hora de precipitación y de irritabilidad injusta intenta destruir lo que años de bien desempeñados cargos políticos y militares me habían labrado: desmayaría mi corazón si no descansase en la firme esperanza que V. M. hará este cotejo y vendrá en conocimiento que el Virrey ha dado un paso tan falso, como útil al esclarecimiento particular de mi conducta

que jamás hubiera tomado en conocimiento las materias de que trato, si no me viese hostigado de la ingratitud del Marqués de la Concordia.

La misma suerte han sufrido, con más o menos contrastes cuantos Oficiales Generales han estado en inmediato contacto con el Virrey: véase lo que ejecutó con el Presidente de Quito, el Jefe de Escuadra D. Joaquín Molina; léanse sus informes sobre el Teniente General D. Toribio de Montes, sucesor de Molina, el principal resentimiento con este Jefe dimana de no haber querido sujetar el distrito de su Presidencia a la inmediata intervención del Virrey cuyo exaltado orgullo quería mandar en todo y ser árbitro de la gloria que otros adquirían. Montes reconoce sus facultades, se declara independiente de su jurisdicción y esto basta para que ya no sea el hombre apreciable que fue en Lima en el empleo de Sub-Inpector. Yo pude haber hecho lo mismo cuando conquisté la Presidencia de Charcas, pudiendo hacer valer el nombramiento de Presidente interino de aquel distrito que acompaño con el No. 47; ya no estaba en el Virreinato de Lima el Presidente propietario, había sido decapitado y yo era un Mariscal de Campo llamado por sucesión de mando a ocupar aquel destino en su vacante, pero lejos de hacerlo, jamás pensé más que en extender la autoridad y jurisdicción del Virrey que me ha retribuido después de tanta sujeción a sus órdenes con los apodosos indebidos que dictó la calumnia y poco examen. Pero lo que pone el sello al carácter inconsecuente e irreflexivo del Virrey es su conducta con el Teniente General D. Juan Henestrosa. Lo elige por mi sucesor anunciándome su viaje con los encomios más encarecidos de su aptitud militar, que literalmente inserté en la proclama de mi despedida del Ejército No. 31, pues así me lo previene de oficio lo ejecute, y sin más intervalo que de un correo a otro, este General es depuesto del mando y cambiados los elogios en rasgos de descrédito a su persona. Yo no dudo que el desaire que ha sufrido con tan poca justicia como acuerdo, haya ofrecido a V.M. el juicio que necesariamente reclama el honor de un Jefe de alto carácter, expuesto a tan noble contraste. Este catálogo de Generales que no han sido del gusto del Marqués de la Concordia, califica que yo no podía esperar de su manejo otra recompensa que la que ofrece en su oficio de 14 de abril de 1813.

Sería difuso si emprendiese analizar los sentimientos justos que debería producir contra su carácter émulo, ambicioso de una gloria de que está distante y baste decir a V.M. que en los cinco años

que he sostenido la causa de V.M. no se ha dado ejemplar que haya empeñado su Autoridad en ninguna solicitud de recomendación de mis servicios a la Soberanía, ni menos que exista una representación mía directa a V.M. pidiéndole recompensa: lejos de esto, he sufrido golpes de prescindimiento y olvido de los anteriores Gobiernos que me ponían en la dura perplejidad de vacilar sobre la causa de estimación de mis servicios, y cuatro años he estado siguiendo el inalterable rumbo de mi fidelidad con la dulce esperanza que algún día se esclarecerían y que necesariamente sería firme apoyo de ellos el Marqués de la Concordia, cumpliendo con el deber que le imponía la obligación, pero lejos de encontrar este asilo, lo hallo injusto, falso, suplantador de asertos, pueril y para con el mundo entero inconsecuente y vengativo. La palpable demostración que ofrece cada uno de los capítulos de esta memoria es un seguro comprobante de la verdad. Yo no le adjudico calificación que no esté autorizada por un hecho, y omito traer a consideración su conducta con el asesino horrible D. Juan de Imaz, a quien por la multitud justificada en su causa de bárbaros asesinatos lo confiné a la ciudad de La Paz a su disposición, enviándole testimonios legalizados de su proceso, de haber sido en los pocos días que le confié el mando de la Villa de Oruro, el Nerón de vidas y bienes, no sólo de la Tesorería Nacional sino de los indefensos particulares, degollando a unos y amenazando a otros por despojarlos de sus propiedades, y sin otro permiso que su voluntad; después de tener el proceso en su poder el Virrey, se presenta Imaz en Lima se pasea muchos meses, entregado al juego y a una vida bacanal, y el Virrey, en desprecio de mis avisos, deja impune al criminal más execrable, y bajo la salvaguardia de su tolerancia se desacreditan mis providencias y se pone en cuestión mi circunspecto y religioso proceder, viendo al criminal Imaz gozar del decoro y de la sociedad de su Corte, resguardado de la égida del Marqués de la Concordia, y del descaro con que cultivaba a expensas del oro malhabido la aceptación de sus padrinos protegidos del Virrey. Tengo el testimonio del proceso en mis manos y podré exhibirlo para asombro de la humanidad. Al fin estimulado el Virrey de los informes de su auditor, ordena su prisión, pero a las pocas horas de ella bajo de su palabra lo deja ir a presentarse a mi sucesor, libre y sin los medios de seguridad que prescriben las Leyes, con orden que se le juzgue y sin llegar este caso, en una comisión provisional que se le da comete diecisiete muertes sin esclarecimiento de delito, sin formación de causa y con-

tra las protestas de él, que respondía de los prisioneros degollados como consta del aviso y parte original No. 48 que acompaño. Véanse los sublimes rasgos de justificación del Virrey y lo costoso de su parcialidad a la sangre de los vasallos de V. M. con desaire de la meditada detención con que sometí a sus disposiciones asunto tan serio. Esta ha sido la conducta que ha observado conmigo, y su origen ha dimanado del tesón y constancia con que por su mañoso letargo lo ponía en descubierto en la correspondencia oficial que exhibo, y cuyo despique lo tramaba en evadirse de mis reclamaciones por si mis propios servicios y el tesón de sostenerlos, me arrasaban a una catástrofe personal que envolviendo en las ruinas del olvido mi memoria, sólo quedase a discreción de sus desconcertados tiros.

Pero lo que más debe admirar es el contraste que a primera vista manifiesta el cotejo de la comportamiento del Virrey escribiendo a V. M. con desdoro de mis servicios y dando al público, con fecha posterior a sus ocultas denuncias, la célebre proclama que suscrita de su puño acompaño con el No. 37 que forma el panegírico más elevado de mi persona que no obstante la rebaja con que la dibuja a los ojos de V. M. a mi presentación en Lima, me cree ligado al cargo de Presidente interino del Cuzco como aparece de su oficio No. 49: si yo abundaba de las nulidades que tanto sufrimiento le habían causado como se queja a V. M. ¿para qué brindarme con un empleo de tanta representación y conexión con su Autoridad que tenía dimitido? ¿Cuál sería el objeto de esta red de ambición con que pensó lisonjearme el Marqués de la Concordia con ocultos fines? Pero mi honor combinó mejor que su malicia y mi contestación adjunta No. 50 no le dejó otro recurso que el de pasarme un pasaporte sin oficio ni guía, bajo de una simple cubierta, acto propio de un despacho de Autoridad ruda y sin política, pero propio de un Virrey en América de la clase exaltada y despótica del Marqués de la Concordia.

Una recapitulación de mis servicios debería cerrar esta refutación que me impone el honor y deber, pero sería hacer difusa esta memoria y sólo diré a V. M. que cuando la gran Monarquía Española fructuaba sin Rey, sin Gobierno y sin orden, se depositó en mi fidelidad la sagrada voz de la Nación en estos dominios del Sur, desde Buenos Aires hasta Lima, para que previniese los amaños del pérfido Emperador de los Franceses. Yo desempeñé esta ardua comisión con la eficacia y decidido patriotismo que reclamaba su sagrado objeto haciendo mil doscientas leguas por tierra, y atajando

en Buenos Aires la explosión del partido revolucionario que hallé en momentos de desplegar su proyecto de independencia. Las Presidencias de Charcas y Cuzco fueron objeto de mi solicitud, y así en ellas, como en todas las ciudades del Perú, hasta Lima, cimenté el amor a la España y aseguré el resultado heroico de nuestra gloriosa guerra, convidando a mi Patria a la más perfecta unión con la Metrópoli. Si los Virreyes, Arzobispos, Obispos, Cabildos, Audiencias y Corporaciones hablasen, oiré V. M. de su propia confesión la aceptación honrosa de mi desempeño esforzado, obligación que me imponía tan ilimitada confianza. Retengo en mis manos sus oficios y grabadas en láminas de oro dedicadas por el entusiasmo de los pueblos, las pruebas de mi lealtad y amor por la causa de V. M. dispuesto a depositar en sus manos estos timbres de canonización de mis acciones que forman mi verdadera gloria.

Hubiera regresado luego a presentarme con los incontestables documentos de mi desempeño, si los intereses de V. M. no me hubiesen llevado a Presidente del Cuzco en circunstancias de que aquel punto céntrico del Perú era ya convidado al partido de la independencia por la revolución de la ciudad de La Paz, que proyectó de acuerdo con Buenos Aires y con anuencia tácita de las demás provincias de aquel Virreinato, que aliadas de La Paz ofrecían unírsele a medida que aquélla aventajase en sus ensayos revolucionarios. Vuelo al Cuzco, busco en el amor de mis paisanos y en la predilección que me manifestaron al recibirme de Comisionado, los recursos de su patriotismo y afecto, recluto gente, formo soldados y marchó para La Paz. La someto, arreglo, envío donativos a V. M., trastorno el plan de insurrección general, facilito al Virrey D. Baltasar de Cisneros la subordinación de su distrito, apago la anarquía de Charcas, y entra a virtud de mis acciones militares el Presidente D. Vicente Nieto en posesión de su mando.

Regreso al Cuzco y rompe Buenos Aires los diques de unión a nuestra Madre Patria, al mismo tiempo que llega el aviso del trastorno de la Junta Central y de los progresos de nuestros invasores hasta el puerto de Santa María, y no por esto fluctúa mi amor al Rey: redoblo mis esfuerzos, conozco la crisis y prefiero mil veces morir en defensa de V. M. que ceder una línea a los juramentos de fidelidad constante que forman mi carácter. Solicito de nuevo el entusiasmo de los fidelísimos cuzqueños y arequipeños, los arranco de sus hogares, acaudillados de mis caricias y de la generosidad con que he distribuido entre ellos gran parte de mi patrimonio, los

situó en las desiertas y heladas márgenes de las orillas del gran lago de Titicaca y en las gargantas del Desaguadero, y doy principio a la memorable creación de un ejército educando oficiales y soldados en la más refinada táctica europea. En el interín, la seducción de Buenos Aires corre como un rayo y gana los corazones, se derramó la sangre de los jefes más distinguidos de la América y la tropa auxiliadora de Buenos Aires adelanta sus marchas sobre las cenizas y derrota del General Nieto, y con las bendiciones y aplausos de los pueblos, viene en pos de mí, nombrado ya el piquete de Granaderos que debería pasarme por las armas. Solo yo con los fieles cuzqueños, amenazado de desgracias, combatido de los pueblos, perseguido de sus opiniones y desengañado que ni Lima me ofrecía más que una amistad aparente, puesto que el Virrey Marqués de la Concordia permitía que el Ayuntamiento de su Capital, dando el tratamiento de Excelencia al abate Castelli, dirigiese proposiciones de conciliación, cuando yo sin querer reconocer su autoridad, negándome a darle el tratamiento, desechaba las halagüeñas promesas con que me convidaba a partir en mando de la América, sin convenir ni aun en una conferencia que me pedía, doy la memorable batalla de Guaqui, combinada en cuatro leguas de línea, y en un solo día afortunado restauro la dominación de V.M. Afirmo al Perú en su vacilante subordinación, consolido la decadente autoridad del Virrey y hago estremecer a Buenos Aires, llegando a sus puertas los restos cansados de los pocos dispersos que dominados del espanto con setecientas leguas de huída cuentan la ruina de su orgullo y la pérdida de la opinión y concepto que los engreía.

Sigo mis conquistas: la segunda batalla en Cochabamba destruye esta Provincia, coloso de esperanza de la América, sujeto las demás de Charcas, Potosí, Salta, y sin ser ayudado de las Tropas Auxiliares Portuguesas ni de Montevideo sostengo la guerra, arreglo la administración, y sigo imperturbable negado a mí mismo, pero sobrio, desinteresado, y sin economizar mi sangre y mi descanso, dispuesto a oblarlo todo en servicio de la España.

En estos días felices se instauran de nuevo proposiciones halagüeñas por el jefe de los revolucionarios, ofreciéndome cuatro mil hombres auxiliares de Buenos Aires para que fijase la suerte y gobierno del Virreinato de Lima, sin más pensión que la amistad y alianza con la Junta. El desprecio fue el pago que determinó mi honor a la infidente audacia de proposición tan indigna de mi amor y sumisión a V.M.

Esta costosa obra de mi constancia, extenua mis fuerzas, aniquila mi salud, me despoja de la parte más florida de mis bienes, y aun me separa del respetable padre que la providencia me había dado, que agobiado de los pesares de mi carrera descende, cargado de desaires y pesadumbres, a la frialdad del sepulcro. Próximo a seguirle, me separo del activo servicio de las armas, dejando un florido pie de fuerzas, de más de cuatro mil hombres con las que, y sin otro recurso que éste, mi sucesor en el mando bate los enemigos y sigue las huellas de gloria a que el ejército creado y mandado por mí estaba ensayado.

Este lacónico y compendioso resumen ha sido obra de cinco años, y aunque podía hacerlo más extenso y detallado, lo omito porque V. M. se halla informado de todo y bajo de la seguridad de mis servicios y su generosa munificencia de remunerarlos, fue incitada por el examen de la Comisión de Premios que compuesta de los Señores Diputados D. Francisco Riesco Valle, Vásquez Aldana, Herrera, Varcarceldato, informó lo siguiente:

“La Comisión de Premios enterada del informe de la Regencia del Reino de 26 de abril último que pide se lea para conocimiento de las Cortes, y penetrada igualmente que S. A. de los singulares servicios y méritos del General Goyeneche, desea sean oportunamente premiados y que para conseguirlo cree lo más conforme que la Regencia del Reino lo haga del modo que estime conveniente con arreglo a sus facultades, y que si juzga acreedor a dicho General a otros premios que no estén en ellas los proponga a S. M.: este es el dictamen de la Comisión: V. M. resolverá lo más acertado: Cadiz 16 de mayo de 1813 - Cinco rúbricas”.

Tuve la inmortal gloria que en sesión pública de 22 del mismo mayo se aprobase unánimemente por V. M. ¿Y será posible, Señor, que justificado de las falsas imputaciones del Marqués de la Concordia deje en olvido este rasgo solemne de su grandeza? No puede ser, y a mí sólo toca decir que después de oído por V. M. disponga de mi futura suerte que deposito en su piedad, poniendo a sus Reales Pies mi honor y existencia.

Dios guarde a V. M. muchos años. Quinta del Pacallar a dos leguas de Lima, 30 de marzo de 1814.- Señor.- José Manuel de Goyeneche. Está rubricado.

[Transcrita de Luis Terreros de Teja, *El teniente general/ D. José Manuel/ de/ Goyeneche/ Primer Conde de Guaqui/ Apuntes y datos para la Historia/ por/ .../ Doctor en Ciencias Históricas* (Barcelona, Talleres de Oliva de Vilanova Impresor, 1923), 473-505.]